

EL HOMBRE DE LA DOBLE DIMENSIÓN

CLARK CARRADOS

COLECCION ESPACIO

El hombre de la doble dimensión

CLARK CARRADOS

EDICIONES TORAY, S. A
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

GRAPICAS TRICOLOR Eduardo Tubau, 12 Barcelona



A John Astor, quien, aparte de la coincidencia en el nombre y profesión con el protagonista de esta obra, no tiene nada que ver con el mismo. El primero es un excelente amigo al que, sinceramente, van dedicadas las líneas que siguen.

EL AUTOR

CAPITULO PRIMERO

Daniel T. Saunders, hiperalmirante de la U.S.S.N.[1] perteneciente al 4° grado de su categoría, carraspeó antes de hablar. Aclaró por fin su voz y, campanudamente, exclamó:

—El señor fiscal tiene la palabra.

—Gracias, excelencia —contestó éste—. Seré conciso en la exposición de los hechos que se imputan al acusado, teniente de navío de la reserva de la U.S.S.N., John Astor y que, con la ayuda de Dios, espero probar.

—Sírvase el acusado ponerse en pie para escuchar los cargos —murmuró el presidente del Consejo de Guerra.

John Astor obedeció. De haber ocurrido tal hecho en el siglo XX hubieran centelleado los flashes de centenares de cámaras fotográficas, al mismo tiempo que los reporteros de cine se hubieran «hinchado» de impresionar metros y más metros de película con la imagen del procesado. Quinientos años más tarde, la cosa había variado bastante. Con una sola cámara de televisión, que retransmitiría el juicio, conectada con todas las restantes emisoras del país. La Armada había sacado un substancioso bocado por el correspondiente permiso, pero tampoco la estación que había logrado la exclusiva del más sensacional proceso de los últimos tiempos habla perdido nada; antes al contrario, su bocado también era digno de tenerse en cuenta.

El objetivo de la cámara recogió fielmente la estampa del oficial acusado, que se puso en pie al escuchar la requisitoria del presidente de la Corte Marcial. Alto, ancho dé hombros, escurrido de caderas, vestía el que, en casos como aquél, era inmutable uniforme de la Marina: azul con botones dorados y tres barras debajo de una estrella, también de oro, en la bocamanga. Sus grises ojos denotaban energía y decisión, cualidades cuya impresión era complementada con el ligero saliente de la firme mandíbula, concluyendo su retrato en unos revueltos cabellos castaños, en constante pugna con el peine. Pero su rostro no expresaba, en aquellos momentos, ninguna emoción. Ninguno de los espectadores, presentes o ante la pantalla del televisor, hubiera podido decir cuáles eran los pensamientos que atravesaban en aquellos momentos tan solemnes por la mente del acusado, escondidos tras la infranqueable barrera de su despejada frente.

Escuchó inmutable los cargos

—Por este Ministerio Fiscal, y en nombre de los Estados Unidos de Norteamérica, se acusa a John Astor, teniente de navío de la U.S.S.N., en situación de reserva, de los siguientes delitos, cometidos por el mismo durante el período que va del 24 de abril de 2487 al 28 de junio de 2492, en el que se encontraba el procesado haciendo las reglamentarias prácticas quinquenales: asesinato, robo de navío sideral, provocación al motín y encabezamiento del mismo, liberación de quince condenados destinados a extinguir la pena en la Fortaleza Negra de Plutón, secuestro y conspiración.

Un murmullo se elevó del numeroso público que llenaba el salón del Consejo, comentarios que

cortó el hiperalmirante Saunders merced a un par de enérgicos martillazos, preguntando acto seguido:

—Teniente Astor, ¿se considera culpable o inocente?

—Inocente, sire —contestó el oficial serenamente, sin la menor nota de emoción en su voz.

—No veo a su defensor, teniente —objetó Saunders.

—Perdone su excelencia, pero, de acuerdo con lo dispuesto en el articulo 1.472 del Código de Justicia Sideral, en su apartado 9°, letra D, he decidido hacer yo mismo mi defensa. Soy abogado de profesión y sólo era oficial de la Armada accidentalmente.

—Está bien. Siéntese. El señor fiscal tiene la palabra.

John Astor obedeció, en tanto que Theodor Sturgeon, coronel del mismo cuerpo que el primero, comenzaba la monótona relación de los hechos:

—El día 24 de abril de 2487, el crucero ligero número 817 —4BL, comandado por el capitán de navío Timothy Benson, partió del astropuerto de Las Cruces, Nuevo Méjico, con la misión definida de conducir a quince condenados a la penitenciaría de Plutón, 7conocida vulgarmente con el nombre de la Fortaleza Negra. Una vez efectuado dicho viaje, debería regresar a nuestro planeta, deteniéndose únicamente en Titán para cargar metano, a su regreso, sin ninguna otra desviación. Pero el procesado obligó al capitán Benson a parar su nave para recoger a un náufrago sideral, perdido en el espacio, a dos U.A. (Iniciales de Unidad Astronómica, equivalente a 150.000.000 de kilómetros) de Júpiter. Como quiera que el capitán Benson recordara al teniente Astor que, de acuerdo con las instrucciones recibidas, no podía distraerse en nada que no fuera la misión encomendada, el procesado, amenazándole por la fuerza de las armas, se apoderó del mando del aparato momentáneamente y sólo en tanto duró el salvamento de dicho náufrago, quien, por otra parte, se hallaba en la espaciolínea 34 D.III, de relativa concurrencia de tránsito sideral, por lo que no hubiera tardado en ser socorrido. Una vez que el tan repetido náufrago pasó a bordo del crucero que, en lo sucesivo, y para facilidad en la narración, llamaremos por su nombre particular, «Prothyone», el teniente Astor devolvió el mando a su superior. El capitán Benson no pudo ordenar su inmediato encierro y arresto, puesto que, aparte los miembros de la tripulación, era el único oficial y tenia que relevarse con él en las tareas del gobierno del «Prothyone». Pero, no obstante, hizo observar a su subordinado que no podría abandonar la nave durante su corta estancia en Plutón y que, aún concediéndole libertad de movimientos, el arresto subsistía, debiendo considerarse preso en el momento en que desembarcaran en nuestro planeta. Pero pocos días después el náufrago soliviantó a la tripulación de tal modo, que la autoridad del capitán comenzó a decaer de un modo alarmante, sin que el acusado le prestara el necesario auxilio, sino que, al contrario, se puso de parte de los miembros de la dotación y de dicho elemento ajeno a la misma. Poco después, el capitán Benson juzgó oportuno imponer un castigo a uno de los presos conducidos a Plutón, pero el teniente Aster, siempre en contra de las decisiones del comandante de la espacionave, se opuso a ello, siendo esto causa de un motín, que culminó con la muerte de Benson por las propias manos del acusado, quien tomó el mando del «Prothyone" y se desvió de su ruta o, por mejor decirlo, rebasó el punto de destino, secuestrando con esta acción a los miembros de la tripulación que, conscientes del sentimiento del deber y disciplina debidos, habían permanecido fieles al capitán Benson, obedeciéndole en todo momento. Con esto

se hizo culpable, al mismo tiempo, del delito de robo de navío perteneciente a la Flota Sideral del país. Pero, señores del Consejo, todavía no terminó el acusado de delinquir. Le parecían pocos crímenes sus acciones anteriores, entre los cuales cuenta, como es lógico, la conspiración sostenida con los prisioneros sublevados, a quienes nombró sus auxiliares. No acabó ahí su execrable conducta, tan inicua que el sólo relatarla infunde algo que repugna a toda conciencia honrada, un asco, una repulsión tal, que produce verdaderas náuseas. Todavía le parecía poca la sangre derramada, la inocente sangre del capitán Benson, preclaro espejo de lo que debe ser un marino del espacio, honra y prez de nuestra carrera, cuyo nombre debe figurar eternamente entre los mejores de los mejores. Asaltó a una pacífica nave que viajaba tranquilamente en misión de prácticas y exterminó a toda su tripulación, sin dejar uno vivo, e intentó luego destruir el aparato para que no quedara rastro de su inigualable crimen. Este fue el digno remate a una corta, pero intensa, carrera de delitos, cometidos todos ellos por el acusado.

El coronel Sturgeon se quitó las gafas, mediante las cuales, y con rápidas miradas, se había ayudado en la lectura de su escrito de acusación, y acto seguido se dirigió al hombre que, imperturbable, sin que un solo músculo de su rostro sufriera la menor contracción, tomaba, de vez en cuando, breves notas a lápiz, sentado en la mesa situada frente por frente a aquélla tras la cual se hallaba parapetado el fiscal, quien, extendiendo su mano derecha, en dramático gesto, exclamó:

—Todos los hechos imputados al teniente Astor están suficientemente probados. No puede haber más que una pena para él, una pena justa, única, inapelable, adecuada por completo a la bárbara serie de delitos que ha cometido durante los cinco años que estuvo ausente de nuestro planeta. La ley lo establece bien claro: pena de muerte, y pena de muerte es la que solicita este Ministerio Fiscal para el acusado John Astor, teniente de la reserva sideral. Esta pena, de ser aprobada, deberá ejecutarse en la forma prevista por los reglamentos, esto es, en la cámara de desintegración de Nuevo San Quintín.

Durante unos segundos, después de hablar el coronel Sturgeon, reinó un absoluto silencio en la sala del Consejo, pero inmediatamente comenzaron los murmullos y cuchicheos entre el público, en tanto que el cameraman de la T.V. enfocaba su objetivo hacia el rostro del acusado, que no por haber oído tan duras palabras dirigidas contra él había dejado que se alterase su expresión de imperturbabilidad, y que se levantó, apenas terminó de hablar el fiscal.

Sin embargo, sus movimientos musculares eran tardos, pesados, como si le costara un enorme esfuerzo el moverse. Cuando una persona ha estado viajando por el espacio en el interior de una astronave, en la cual la gravedad se halla reducida al centésimo de la terrestre, cuando no, en algunas ocasiones, nula por completo, regresa a la Tierra, forzosamente ha de sentirse desacostumbrada a la pesadez del planeta. Mover cualquier cosa, incluso el más insignificante paquete de cigarrillos, resulta una empresa abrumadora; y los preliminares del juicio habían sido llevados poco menos que al galope, con lo que John Astor, en aquellos momentos, no era, ni remotamente, el hombre ágil, fuerte y decidido que su aspecto exterior proclamaba.

—Espero probar —comenzó a decir— que todas esas acusaciones, aparentemente probadas, son infundadas por completo. No negaré que hube de matar al capitán Benson. Es cierto. Fue mi mano la que disparó la pistola cuyos proyectiles le atravesaron su cuerpo. Pero antes de comenzar mi defensa, quiero citar a un testigo. Quizá mis preguntas y sus declaraciones parezcan

incongruentes, fuera de lugar, sin relación alguna con el caso del cual soy, a la fuerza, el principal protagonista. Pero antes de citar a dicho testigo quiero hacer a los honorables miembros del Consejo una observación. ¿Es creíble que si yo me hubiera considerado culpable, hubiera regresado por mi propia voluntad a la Tierra? ¿No es más lógico suponer que, siendo autor de todos los crímenes y delitos de que me ha acusado el señor fiscal, hubiera buscado refugio en cualquier mundo de los que abundan en nuestro sistema y en los cuales la ley todavía no es más que una hueca palabra, vacía por completo de significado? Espero que el tribunal tome en cuenta estas dos consideraciones mías, ya. que para mi objetivo, que no es otro que el demostrar la inocencia y la, justicia de todos cuantos actos realicé, son esenciales.

El presidente miró a uno y otro lado, como consultando mudamente a los restantes miembros, y al fin dijo:

—El Consejo acuerda tener en cuenta sus objeciones, teniente.

—¡Un momento! —pidió el fiscal— Con la venia de Vuestra Excelencia., he de manifestar que el mismo acusado se reconoce autor de la muerte del capitán Benson. Creo que con esto hay más que suficiente para que el tribunal acuerde su inmediata condena. Por otra parte, es cierto que exterminó a todos los miembros de la nave asaltada, pero hay un detalle que debemos considerar. El radiotelegrafista tuvo tiempo de emitir la señal de socorro antes de morir, por lo que los tripulantes de la espacionave que acudió inmediatamente, en la subsiguiente investigación que practicaron a bordo de la siniestrada, hallaron films tomados automáticamente, en los cuales aparecía con toda claridad la imagen del acusado, con visibles manchas de sangre en sus ropas. ¿A qué, pues, esperar más, señores del Consejo? Solicito la emisión del veredicto que he solicitado, sin necesidad de presentar más pruebas.

Se oyeron algunos murmullos en la Sala. —Coronel— dijo enérgicamente el hiperalmirante Saunders —, el procesado tiene derecho a presentar cuantas pruebas crea necesarias en su descargo. Estamos aquí para administrar justicia, no lo olvide. El tribunal no tomará en cuenta sus objeciones.

Sturgeon se sentó confundido, percibiendo claramente las risitas del público, en tanto que una leve sonrisa vagaba, por primera vez, en los labios de John Astor, quien se volvió a mirar al presidente cuando éste le interpeló.

—Teniente, si mal no recuerdo, había hablado usted de un testigo. ¿Quiere interrogarlo o ha renunciado a ello?

—Con permiso de vuestra excelencia, mantengo mi primitiva idea. Deseo que se cite a declarar al doctor en medicina señor Edwin E. Atkins.

—Escribano —dijo Saunders—, llame al testigo mencionado por el teniente.

—El doctor Edwin T. Atkins deberá presentarse a declarar ante el Consejo —repitió enfáticamente el secretario; y, apenas había pronunciado estas palabras, cuando el soldado de la Policía Militar que guardaba la puerta de la sala la abrió.

Instintivamente todas las miradas se dirigieron hacia aquel lugar. El doctor Atkins, pequeño, regordete, con una expresión de tranquilidad y buen humor en su redondo rostro, avanzó a cortos pasitos por el centro de las filas de butacas, atestadas de espectadores, sin parecer prestar atención al hecho de que todo el mundo estuviese pendiente de él, ya que su actuación, precisamente por no

tener aparentemente ninguna relación con el caso que se estaba juzgando, era tan inesperada como insólita. Agitó la mano en dirección a John al llegar al estrado de testigos y el acusado le correspondió con una leve inclinación de cabeza.

El secretario le tomó el juramento con voz monótona, volviéndose inmediatamente a su sitio. Siempre con gran trabajo, John Astor se levantó, para decir:

—Voy a proceder al interrogatorio del testigo, con permiso del tribunal. Pero cedo mi turno, si el Ministerio Fiscal desea hacer alguna pregunta al doctor Atkins.

—No, gracias —respondió Sturgeon secamente— Al menos, por ahora.

—Está bien —sonrió levemente el procesado—. Empezaremos por la primera interrogación. Doctor, usted conoció a mis padres, ¿no es eso?

—¡Protesto! —aulló el fiscal— La pregunta está hecha en un tono deliberadamente intencional y presumiendo una cosa que todavía no está demostrada.

—Objeción admitida —dijo el presidente Saunders.

Nuevamente volvió a sonreír John.

—Bueno. Redactaré mi pregunta de un modo totalmente distinto, para que no haya lugar a dudas. Vamos a ver, doctor. ¿Conoció usted a Jim Astor y a su esposa Elsie?

—Es claro que sí, hijo —contestó el médico bonachonamente—. Yo mismo fui el padrino de su boda.

—Gracias, doctor. Segunda pregunta: ¿qué relaciones le unían a usted con el matrimonio citado? —Aparte de las de amistad, y grande, ya que Jim y yo nos conocíamos desde pequeños, era el médico de cabecera de ellos dos.

—Muy bien, pues. La señora Astor se encontró,

un año después de su matrimonio, en un trance muy frecuente en la mujer. ¿Quiere usted explicarnos qué trance era ese, doctor?

La sonrisa no se borraba, un momento del rostro de Atkins. Ni tampoco la de los espectadores cuando contestó:

—Aguardaba visita de la cigüeña y ésta tenía las toberas de escape averiadas... ¡Oh, perdón! Quise decir que el niño que esperaban no venia bien. En términos científicos, un parto distócico. —Gracias, doctor. ¿Qué ocurrió después?

Perdió su buen humor el médico. Una nube cubrió su rostro y suspiró durante un momento. Luego replicó:

—A pesar de todos mis esfuerzos, así como los de mis colegas, la señora, Astor no pudo sobrevivir al nacimiento de su hijo. Nos costó mucho hacer revivir al niño, pero, desgraciadamente, la madre falleció.

—¿No tuvo otro niño más la mencionada señora Astor?

—Pero, ¡John, si tú sabes muy bien que eres hijo único! Tus padres se casaron hace treinta y tres años, en el 2459. Uno después naciste tú, y el mismo día, o sea el 11 de junio de 2460, murió tu madre. ¿Cómo ibas a tener, pues, otro hermano? John miró al presidente del tribunal.

— ¿Considera su excelencia correcta la respuesta del testigo doctor Atkins o, por el contrario, quiere que lo repita en forma más adecuadamente jurídica?

Carraspeó el interpelado, aclarándose la garganta:

— ¡Ejem...! Pues yo ... Quiero decir que si mis compañeros de Consejo... Si el honorable coronel Sturgeon no tiene ningún reparo que alegar... Por mi parte está más que contestada la interrogación del defensor.

Rezongó el fiscal:

—Salvando el hecho de que, como dije antes, no veo la relación que pueda tener el hecho de haber sido citado como testigo el doctor Atkins, me doy por enterado de su respuesta.

—Gracias, señor fiscal. —John inclinó graciosamente la cabeza, prosiguiendo:— Doctor Atkins, usted me conoce a mí, pues, desde que nací. ¿No es eso?

—Ciertamente, hijo —replicó cariñosamente el médico.

—Gracias. ¿Entonces está usted dispuesto a jurar que yo, John Astor, soy hijo legítimo y único habido en el matrimonio entre James Astor, más vulgarmente conocido por su diminutivo de Jim, y su esposa Elsie, de soltera O'Carsack?

—Sí, lo juro solemnemente. Pero además están los registros. ¿Para qué, pues, tal interrogante, John?

—Queda la última. No le haré otra más. ¿Soy yo ese John Astor, hijo de Jim y Elsie Astor, doctor Atkins?

—Sí. Tú eres aquel niño cuya madre murió al darte la vida. Te he conocido desde que comenzaste a andar, a balbucear las primeras palabras. Tus primeros encontronazos con el alfabeto te los solucioné yo. Te ayudé en más de una ocasión a preparar tus exámenes de fin de curso. ¿Cómo no iba a saber si eres tú u otro? No cabe la menor duda.

—Gracias, doctor. Entonces, con el permiso del presidente, comenzaré mi discurso, con el que pretendo demostrar la inocencia y la no culpabilidad en todos los actos que se me imputan. La cosa empezó el día 24 de abril de 2487, cuando me incorporé, como segundo oficial, a la dotación del «Prothyone»...

CAPITULO II

Todo empezó, en efecto, el día 24 de abril de 2487. Dícese que pequeñas causas suelen producir grandes efectos, y una de ellas fue la instintiva animadversión que el capitán Timothy Benson sintió por el oficial que le mandaban como segundo de a bordo. Todo lo descuidado que el capitán era en su aspecto exterior, lo era de pulcro el teniente de la reserva sideral John Astor, incorporado a la dotación de la nave 817 —4BL, para hacer el viaje espacial reglamentario en su quinquenal período de prácticas. El capitán Benson, aún siendo un viejo lobo de las estrellas, era de los tipos anticuados que sostenían que la decisión, energía y mano de hierro para gobernar la tripulación eran las cualidades más apropiadas para un oficial, en jugar de la higiene y cuidadoso aspecto físico. Gruñó, pues, despectivamente cuando vio la pelada cabeza de su segundo asomar por la puerta de la cámara, preguntándole, tras los primeros saludos:

—¿Se le cae el pelo, teniente? ¿Por qué se ha afeitado el pericráneo?

—Es una de las disposiciones oficiales, señor. No podemos permitirnos el lujo de tener peluquero a bordo.

—Peluquero, peluquero... —refunfuñó desdeñosamente Benson—. Aquí tomamos unas tijeras y nos lo cortamos de cualquier forma. Después nos lo hacemos arreglar al llegar a lugar civilizado. Pero dejarse la cabeza como una bola de billar... ¡Puaf!

John se estremeció al ver el salivazo que manchó el pulido suelo de la cabina, pero no dijo nada. El capitán continuó hablando:

—¿Cuánto tiempo hace que no sale usted del planeta, señor Astor?

—Cinco años, capitán. Desde que me licencié. —Haría usted el clásico viajecito a la Luna, ¿no es así?

—Debo confesar que ha acertado usted, capitán. —John condescendió a emitir la sombra de una sonrisa.

—Claro, claro... Pero aquellos trastos, pomposamente llamados cohetes, eran algo muy distinto de esta nave. Creo que lo mejor para usted será acostarse en su litera. No notará apenas la aceleración, pero no esperará mucho. Partimos... —Benson consultó su reloj y dijo—: Dentro de tres minutos. Ande, váyase. Tiene el tiempo justo para tomar sus precauciones.

Ni siquiera se oyeron las voces que anunciaban la partida de la nave, contando los segundos que faltaban para el arranque. A los oídos de John llegó, muy distante, algo parecido a un lejano trueno, y no había pasado un cuarto de hora cuando por el altavoz que tenía en la cabecera de su lecho le llegó la voz del capitán:

—Teniente Astor, ¿puede pasarse por la cabina?

—Al instante, capitán.

Agarrándose a los salientes especialmente dispuestos para caminar, ya que no había gravedad y cualquier mínimo esfuerzo lo proyectaba contra el techo del corredor, John anduvo hacia la

cabina y se quedó asombrado al ver un espectáculo inusitado para él.

Ciertamente no era la primera vez que viajaba en una espacionave, pero también era cierto que desde que se licenciara se habían hecho progresos increíbles en astronáutica. Tan separados estaban los vehículos del año 2482 de los del 2487, como el aeroplano de los hermanos Wrigth del primer avión que rompió el muro del sonido. En aquellos cohetes había que pasarse buen rato del viaje sólidamente sujetos a las literas antichoque, mientras que en éstos apenas si era necesario. Pero no era el avance de la técnica astronáutica lo que le impresionaba en aquel momento, sino otra cosa completamente diferente y apenas sin relación con ella.

El capitán Benson estaba sentado indolentemente en un sillón. Un tripulante se encontraba cómodamente recostado en el aire, en tanto que otros dos le contemplaban curiosamente con los pies en lo que a John le había parecido siempre techo de aquella estancia.

—¡Hola, teniente! Mire, le presentaré algunos de los miembros de la dotación. Ese que ve ahí tumbado, fumando tranquilamente, es el contramaestre McCormack, pero se sentirá mucho más feliz si lo llama Pete a secas.

John estiró su mano hacia arriba. —¿Qué hay, Pete?

—¡Hola, teniente! ¿Un cigarrillo? —No, gracias. El oxígeno...

Benson se echó a reír estruendosamente. —¡Eso son cosas de los reglamentos! Sobra oxígeno para quemar una plantación de tabaco, con negros y todo. Esos otros dos son el navegante, McGinnis, y el radiotelegrafista y encargado de los radares, Boulton. No le digo sus nombres, porque los he olvidado y, a juzgar por ellos mismos, también ignoran cómo se llaman. ¡Vamos, chicos, saludad al teniente Astor!

—¡Hola...! —¡Hola...!

—¡Ho...! —pero John no pudo decir más. Hacía tiempo que todo le daba vueltas ya y el intentar alargar la mano hacia aquellos que le sonreían cabeza abajo— ¿o era él quien tenia los pies en el techo? —fue demasiado.

Cinco minutos después, un disgustado capitán de espacionave contemplaba el suelo de su cabina, meneando la cabeza pesarosamente.

—Mal empezamos el viaje. ¿Quién de vosotros va a hacer de fregona? No me hagáis hablar mucho. Estoy cansado y todavía estamos a mil quinientos kilómetros de la Tierra. Echadlo a suertes y luego perfumad esto. Huele a demonios.

John no recordó jamás cómo había conseguido llegar hasta su litera. Era demasiado el mareo que sentía y por ello no pudo estar al lado de su jefe cuando ordenó el desprendimiento de la primera sección, que había sido arrojada una vez consumido el combustible líquido empleado en la fase inicial del despegue. El motor nuclear no se empleaba hasta dos mil kilómetros de distancia, con el objeto de no contaminar el astropuerto con sus mortíferas radiaciones. Una sola nave que hubiera despegado empleando los reactores atómicos no hubiera tenido la menor importancia, pero eran muchas al cabo del día.

Solamente cuando vio, por la lucerna de su camarote, la doble pesa de gimnasia que era la estación D.B. número 5[2] se decidió, con un hondo gemido, a abandonar su seguro refugio.

Ya se hallaban en la esclusa de aire cuando llegó allí. El capitán Benson lo miró por encima del hombro, sin decirle nada, porque estaba altamente ocupado en insultar al personal de la

estación, a causa de la tardanza de éstos en desprender la segunda sección, que luego sería devuelta a la Tierra en trenes de planeadores, de media docena de unidades cada uno, encabezados por un cohete de propulsión que se alimentaba con metano como principal combustible, gas del que vendría repleto el «Prothyone» a la vuelta. Los técnicos no corrían todo lo que quisiera el capitán y éste se desahogaba, poniéndoles perdidos. Pero, si aquellos hombres que se pasaban media vida contemplando la enorme bola que era la Tierra allá abajo hubieran hecho caso de todos los capitanes de astronave que gruñían por noventa segundos perdidos, hubieran terminado abriendo la compuerta .y dejando que el aire se escapase. Y al fin, con gran alivio del capitán, los cuatro motores termonucleares fueron llegando, por la grúa de puente, hasta el vientre del aparato en el que desaparecieron en pocos minutos.

—Señor Astor, ya estamos listos para partir. Ocupe su puesto... si puede —rió sarcásticamente el capitán, ante lo cual el muchacho hizo un gesto de energía y decisión y, conteniéndose, se dirigió a la cabina.

Benson se sentó a su lado.

—En cuanto abran las esclusas, desconectarán los electroimanes que nos retienen aquí, una pequeña ballesta nos dará un leve empujón y ya estaremos listos para dar el salto.

El salto era nada menos que de 40 U.A., es decir, casi seis mil millones de kilómetros, los cuales serían recorridos, una vez alcanzasen la velocidad máxima de crucero, en doscientos cincuenta días aproximadamente, más de ocho meses. Y John se estremeció cuando pensó tal cosa. ¡Ocho meses encerrado allí! Doscientos cincuenta inacabables días, al término de los cuales únicamente les esperaba el frío e inhóspito Plutón, en el cual apenas estarían descansando un par de semanas, tras haber entregado su cargamento humano, encerrado cuidadosamente en lo que el capitán Benson, con macabro humorismo, llamaba la «pajarera». Y luego, una desviación en su ruta para alcanzar a Titán, el satélite de Saturno, cargar el gas metano que servía para la propulsión inicial de las astronaves y que era lo que constituía la atmósfera de dicho satélite, de cuyo gas podían llevar cantidades astronómicas, convenientemente acondicionadas en la serie de gigantescas bombonas, colocadas alrededor del eje de la tobera principal, y que podían resistir presiones de hasta decenas de miles de atmósferas. En total dos años largos antes de regresar a su planeta. Había tenido realmente mala suerte. Otros de sus compañeros, con más influencias o con más fortuna en la distribución, sin hablar del capitán de la nave, con un ligero viajecito a la Luna, cuanto más a Marte, habían salido del paso. En cambio él... Pero, ¿para qué preocuparse? Dos años se pasaban volando y más cuando se tienen veintisiete años y un brillante porvenir en la profesión, como lo tenía John Astor. Con los adelantos médicos de la época, todavía le quedaban por lo menos ciento veinte años más de vida. Claro que había que contar con un posible accidente, pero eran tan raros...

Sumido en sus pensamientos, apenas se dio cuenta que la estación D.B. n.° 5 era poco más que un puntito brillante en el espacio. Había comenzado el proceso de aceleración del «Prothyone» y tardaría casi tres días en alcanzar el millón de kilómetros horarios que precisaba para cumplir el viaje en el tiempo previsto. Sin embargo, apenas estarían ellos en la cabina. Dicho proceso era regulado automáticamente y ya la calculadora les había dicho el día y la hora —terrestres, por supuesto— en que tal velocidad fuera un hecho, en cuyo momento, y por si se olvidaban, había un

claxon que se encargaría de recordárselo. Bastaría comprobar el rumbo y conectar el piloto automático, y lo más positivo y lo menos aburrido sería sentarse en torno de una mesa, con un mazo de cartas electromagnéticas, para que, al menor resoplido, no salieran volando, y jugarse todas las pagas habidas y por haber en compañía del resto de la tripulación. También había el recurso de la filmoteca. Pero, o se engañaba mucho, o todas aquellas películas que el Departamento de Defensa ponía a disposición de los ocupantes de las naves, con notorias muestras de tacañería, serían de veinte o treinta años antes, al menos.

La voz del capitán le sacó de sus pensamientos: —Teniente, dése una vuelta y averigüe cómo van esos quince tipos que llevamos encerrados. Creo que la alimentadora automática les habrá dado la comida, pero no estará de más ver si tienen alguna, queja. Y, si la tienen...— el capitán soltó una sonora carcajada —¡que se chinchen! No son más que piojos que viven a costa de las personas honradas como yo. Y como usted, teniente. No se lo tome tan a pecho. Llévese a Boulton con usted. Puede que le haga falta.

Boulton gruñó poniendo de vuelta y media a su capitán en voz alta y con el pensamiento al teniente, pero arrojó al fin las cartas y tomó la llave de la «pajarera», que estaba sujeta con un imán en la pared.

Salieron los dos, asiéndose a los asideros fijos en los mamparos. Boulton abrió la puerta que daba a la cubierta inferior y descendieron por, la escalerilla, ayudándose con empujones ya que estaban en el eje mismo de la nave y allí la fuerza gravitatoria era mula absolutamente. En los bordes, merced a la fuerza centrífuga desarrollada por el giro de las cámaras interiores, se podía caminar algo, no mucho más, cómodamente. Pero, de todas formas, había que usar la paja o la jeringa para tomar los líquidos. Era desesperante abrir una botella de agua mineral o de cerveza y ver presenciar cómo se vertía el líquido lentisimamente, con apariencia siruposa. Acababa uno por desesperarse y llenar la pera de goma, arrojándoselo luego a la boca.

Llegaron al final de la escalerilla. Unas levísimas contracciones musculares concluyeron de dar impulso a ambos navegantes del espacio, quienes se detuvieron ante el calabozo. Boulton abrió la puerta.

Todavía había otra, enrejada, pero el olor que salió de aquel reducido espacio, donde, como si fueran bestias destinadas al matadero, se hacinaban quince hombres de todas las cataduras, era repelente. Altos, bajos, gruesos, delgados, con barba unos, sin sombra de vello otros, había quien se entretenía en pasear, o en jugar a las cartas, pero la mayoría estaban tumbados en sus respectivas literas, contemplando obstinadamente el techo. Uno de los paseantes, al darse cuenta de que la puerta estaba abierta se acercó a ella, y John pudo observar que todos los demás condenados dejaban que una chispa de interés cruzara por sus indiferentes rostros.

—Soy el segundo de a bordo, el teniente Astor —dijo—. El capitán me envía para saber si alguno de ustedes tiene alguna queja que presentar.

El hombre que se había acercado, altísimo como un castillo, de revuelta pelambrera que apenas si dejaba otra cosa que los ojos y la punta de la nariz al descubierto, soltó una estrepitosa carcajada:

—¡Bien, teniente, bien! ¿Desde cuándo el «humanitario» capitán Benson se interesa por unos cuantos kilos de carne de presidio? Digo unos cuantos kilos, porque aquí, con eso de la gravedad,

apenas si pesamos en junto veinticinco kilos entre todos, cuando debiéramos rebasar la tonelada. Pero no se preocupe, teniente. Con el tiempo, hasta que lleguemos a Plutón, todavía pesaremos menos, con lo cual la nave ahorrará consumo de combustible, cosa muy conveniente para la buena marcha de la hoja de servicios 'del capitán.

—Le agradeceré no hable del capitán de tan irrespetuosa manera —cortó secamente John—. ¿Cómo se llama usted?

—Tom Jarvis, para servirle —contestó burlonamente el otro—. Y, si quiere saber más detalles, le diré que tengo sobre mis espaldas —son anchas,

no crea, y al decir esto el coloso hizo una flexión con sus poderosos brazos, haciendo crujir alarmantemente las costuras de su camisa —, una condena de quince años por asesinato. En la Tierra me hubiera valido el encierro perpetuo. Pero me dieron a elegir y, aunque no ha vuelto ninguno que haya sido condenado a más de diez años, ¿quién sabe?— terminó pronunciando en castellano las dos últimas palabras Jarvis.

—Está bien —dijo el segundo—. ¿No tiene nada más que añadir? ¿Ni tampoco ninguno de ustedes?

Se adelantó otro, de mediana estatura, corriente, vulgar en todo, excepto en la aguda expresión de sus vivaces ojos negros:

—Yo sí —exclamó—. Por si le interesa, teniente, le diré que me llamo Robson y por... inadaptado, digámoslo así, me han caído encima tres años de Fortaleza Negra. No tengo nada que objetar a mi condena, y además, ¿de qué me iba a servir? —se encogió displicentemente de hombros—. Tampoco tengo nada que objetar a la escasa gravedad. Cosa de la astronáutica, ¿sabe? Por lo mismo, tampoco tengo que decir nada del régimen alimenticio que nos hace seguir ese Benson. Uno comprende las cosas y se da cuenta de que la paga del retiro no es muy grande, por lo que no importa que el capitán ponga diez latas de carne consumidas, cuando solamente se han gastado ocho. Asá, a su regreso a la Tierra, tiene ahorradas unas cuantas toneladas de víveres que venderá a buen precio, incrementando los ahorros que le servirán para una vejez tranquila y sosegada en cualquier país del cálido Mediterráneo. Pero, por el amor de Dios, teniente, mire a ver si puede meter en la mollera de ese ladrón de los espacios el convencimiento de que el aire en. la Tierra es gratis y no necesita ahorrarlo como las conservas. ¿Es que no ha notado usted el «aroma»?

—Haré llegar al capitán sus observaciones, Jarvis, Robson. ¿Alguno más tiene que decir otra cosa?

—Teniente —dijo Jarvis—. Usted parece buena persona. No es profesional, ¿o me equivoco?
—Acertó, Jarvis. Estoy haciendo las prácticas...— y, casi subconsciente, con el rabillo del ojo, John se dio cuenta de que Boulton le estaba contemplando irónicamente, por lo que varió el tono bondadoso de sus palabras, pasando a una oficial aspereza —Todas sus reclamaciones serán transmitidas al capitán. Yo no puedo prometerles nada sobre la comida, porque no es cuestión mía, pero sí trataré de que haya más aire y de que funcionen con más frecuencia los aspiradores y purificadores. ¿Me han entendido?

—Gracias, teniente —dijeron a dúo Robson y Jarvis. El segundo repitió:— Usted parece buena persona,. No me gustaría equivocarme.

Cuando la pesada puerta de acero fue cerrada por el que en apariencia era el imperturbable Boulton, y que en realidad —John se dio cuenta de ello—, se estaba riendo de él en su interior, no pudo evitar el arrojarle una mirada. De buena gana le hubiera hecho unas cuantas preguntas que le mordían la lengua, pero no se atrevió. Aquellas familiaridades con el capitán le habían escamado un poco y quiso ser cauto. Allí tenía que haber a la fuerza gato encerrado, y un gato muy grande, se dijo, en tanto que regresaba a la cámara de Benson, quien acogió desdeñosamente las palabras de John, que no le ocultó la conversación sostenida, pues estaba seguro de que en cuanto se marchase, Boulton se lo contaría todo de pe a pa.

—¿Comida? ¿Esos puercos? No sé cómo el Estado pierde el dinero en mantenerlos. El suyo y el mío, teniente. No lo olvide. El dinero de todo, buen contribuyente. Es mucho más barato una sesión de cámara desintegrante y la nación se ahorra, además de muchísimos quebraderos de cabeza, unos cuantos millares de dólares. ¿Aire? Si no trabajan, ¿para qué lo quieren? ¿Qué se han pensado? ¿Que les voy a echar por los ventiladores Chanel número cinco? No me venga con cuentos de esa índole, Astor. Que se pudran ahí abajo. Con tal de que lleguen quince, y llegarán, de eso no le quepa la menor duda en la mollera, lo demás me importa un pito. ¿Me ha entendido?

John no pudo evitar la irónica frase que le acudió impensadamente a sus labios. —Perfectamente, capitán. Como orador no tendría usted precio.

Benson se quedó mirándolo con la boca abierta; pero cuando quiso dar su merecido al deslenguado, éste había desaparecido ya rumbo a la cabina, con el objeto de echar un vistazo a los instrumentos.

No obstante, las admoniciones de John, al transmitir las quejas de los penados, surtieron su efecto porque, en sucesivas visitas, comprobó que el hedor primitivo había, desaparecido bastante, haciéndose relativamente tolerable. No logró mejorar las condiciones alimenticias de aquellos hombres, no estando tampoco seguro de que no se quejaran en buena parte por vicio, pero sí advirtió satisfecho que le estaban agradecidos.

El tiempo se hizo largo, inacabable, y a John le pareció que había transcurrido un siglo desde que salieron de la Tierra, apenas mes y medio, cuando a trescientos millones de kilómetros más allá de la órbita de Júpiter, les llegó la primera sorpresa.

Aquel día estaba en la radio, solo, puesto que no esperaban ningún mensaje ni tampoco era la hora de la transmisión de la posición diaria, tratando de captar distraídamente alguna estación marciana, que siempre se oiría con menos estáticos que las terrestres, cuando de repente una voz, distintamente, una voz clara, de nítidos acentos resonó por el altavoz:

—¡Socorro! ¡Auxílienme! ¡Estoy perdida en el espacio!

CAPITULO III

Apenas se había percibido en el interior de la cabina la angustiosa llamada de socorro, cuando ya el segundo estaba poniéndose en contacto con su capitán. Pero la respuesta de éste, llegándole a través del hilo, ya que Benson se encontraba en aquellos momentos en su cámara, le dejó helado:

—Y a mí, ¿qué? ¿Qué me importa que haya un náufrago perdido en el espacio? Nosotros tenemos una misión que cumplir y no por ello hemos de desviarnos de nuestra ruta.

—Pero, capitán... —objetó John—. Si ese náufrago está casi en nuestro camino. En la espaciolínea 34 D.III. Apenas necesitamos virar media docena de grados que no implicarían más que unos pocos minutos de pérdida de tiempo y...

—¡Cállese ya! —rugió Benson—. ¿Es que no me ha escuchado? Aquí soy yo el amo y no tolero que cualquier mequetrefe me diga cuál es mi deber.

En aquel momento volvió a oírse la petición de auxilio.

—¡Por favor, socórranme! ¡Estoy perdida y no me queda oxígeno más que para un par de horas! —¿Lo oye usted, capitán?— inquirió John. —Perfectamente. Y le repito que me importa un bledo que ese náufrago tenga oxígeno para un par de horas, como que lleve a la espalda todo el de la Tierra. ¡Y no me moleste más, Astor!— aulló, finalmente, el encolerizado comandante de la nave.

—Lo siento, señor —murmuró decidido a todo John—. Pero voy a desviarme para recogerla. Durante unos segundos, el oficial no obtuvo la menor respuesta, pero fue el propio capitán Benson quien se la dio, irrumpiendo abruptamente en la cabina:

—¿Se ha dado usted cuenta de lo que acaba de decir, teniente?

John se puso lentamente en pie, sosteniendo la mirada de su jefe, cuyos ojos parecían sendas barras de hierro al rojo blanco,

—Sí, señor —contestó al fin— Sé que hay una persona que necesita de nosotros y a la que hay que socorrer. Por encima de todo —añadió, finalmente, para que no hubiera ninguna duda.

Benson cerró sus puños, pero era evidente que intentaba calmar su cólera.

—¿Se da cuenta de que se está haciendo culpable de un delito de desobediencia, Astor?

—Sí, señor. Y usted, a su vez, es culpable de otro de inhumanidad. No puede dejar a esa pobre mujer perdida en el espacio. Sabe Dios cuándo volverá a pasar otra espacionave por sus inmediaciones. Dentro de dos horas se habrá convertido en un cadáver y todo por culpa nuestra, si pasamos de largo.

—Está bien, Astor. Usted lo ha querido. ¡Dése por relevado y váyase a su camarote, permaneciendo encerrado en él hasta que lo ordene!

Pero John obró de muy distinta manera a la que esperaba su capitán, porque súbitamente su puño ascendió velozmente hasta aquella pragmática mandíbula que de manera tan tentadora se le estaba ofreciendo.

La inercia continúa ejerciendo sus efectos, haya o no gravedad, y aunque ésta, en aquellos momentos y en la cabina fuese algo así como dos centésimas de la terrestre, el impacto que recibió el capitán surtió idénticos efectos que si se hubiera encontrado al nivel del mar. Abrió mucho los ojos, para cerrarlos instantáneamente, cayendo hacia atrás, sumido en profundo y plácido sueño. John sonrió complacido, sin pensar en las posteriores consecuencias que podría traerle aquella acción, se sentó ante el tablero de mandos y acto seguido comenzó a desviar el rumbo de la espacionave.

Alguien, cinco minutos más tarde, hizo súbita irrupción en aquel lugar y se quedó mirando extrañado el asombroso cuadro.

—¿Qué ha pasado aquí, teniente? —inquirió el contramaestre McCormack.

John, sin volver la cabeza se lo explicó en cuatro palabras, y el contramaestre murmuró apenadamente.

—Mal asunto para usted, teniente. Eso de golpear a un superior a bordo de su aparato, suele traer consecuencias desagradables.

Pero Astor se encogió de hombros, sin contestar, atento únicamente a la conducción de la nave, hasta que en la pantalla de radar comenzó a verse la manchita característica del obstáculo sideral que era el cuerpo del náufrago, y entonces le llamó por radio.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Perfectamente, gracias. Es usted muy amable al tratar de recogerme.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Era mi primer viaje por el espacio —John se daba cuenta de que a pesar de la natural deformación sufrida por la voz al cabalgar sobre las ondas, tenia un indudable acento encantador —, y se me ocurrió hacer lo que a todo novato: salir a dar una vuelta por el espacio exterior. Pero el cable de precaución se rompió, sabe Dios cómo, y me quedé sola fuera, porque al mismo tiempo estalló la nave. Todavía no sé cómo logré librarme de los efectos de la explosión. ¡Oh! ¡Ha sido algo verdaderamente espantoso¡...

—Ea, pues, no se preocupe más. Antes de una hora estará sana y salva a bordo del «Prothyone». Pero mucho me temo que ha de pasar tiempo hasta que pueda volver a la Tierra. Deberá cargarse de paciencia.

A John le pareció que la mujer sonreía, cuando le replicó.

—Todo eso es preferible a convertirme en un pequeño planeta por toda una eternidad, ¿no le parece? Hasta ahora.

—Hasta ahora —musitó John, dándose cuenta de que el capitán comenzaba a rebullirse, en vista de lo cual, marchó hacia su cámara, de la que volvió con algo que se metió entre el pecho y la camisa.

Benson se sentó en el suelo, acariciándose la mandíbula.

—Astor, cuando termine este viajecito le voy a dar un dolor de cabeza que va a necesitar una aspirina del tamaño de los anillos de Saturno para quitárselo. No lo olvide.

John se echó a reír:

—¿Qué le vamos a hacer, capitán? Se hallará usted en su pleno derecho. Pero, aun cuando haya cumplido usted, o tratado de cumplir los reglamentos, su reputación saldrá muy mal parada,

cuando se sepa que no quiso desviarse seis grados de su ruta para salvar una mujer perdida en el espacio. El público es muy sentimental, ¿sabe?

El capitán se levantó y se dirigió amenazadoramente hacia su segundo.

—¡Largo de ahí! Ahora soy yo el jefe de la nave y quiero mandarla a mi gusto.

—No, capitán, no —respondió suavemente John—. No, hasta que hayamos recogido nuestro náufrago. Entonces y sólo entonces podrá usted hacer cuanto le plazca.

Benson se echó a reír:

—Confieso que su golpe fue de suerte y me derribó como si hubiera sido un buey apuntillado, pero no me volverá a coger de sorpresa. ¡Le voy a...! —y apenas pronunciadas estas palabras, cuando quiso echarse sobre el oficial, pero éste lo detuvo en seco, por el sencillo procedimiento de sacar una pistola de su pecho y encañonar con ella firmemente al capitán.

—Usted no me hará nada —exclamó John, dándose cuenta de que cada nueva acción suya no hacía sino empeorar la cosa, pero ya estaba lanzado por una pendiente para la cual no había freno posible—. Me disgustaría tener que agujerearle el pellejo, pero lo haré sin la menor vacilación, si usted me obliga a ello, ¿entiende?

—Usa usted argumentos muy persuasivos, Astor —rió, despectivamente, el capitán—. No obstante, todavía no está dicha la última palabra. John no le contestó. Tomó el micrófono y llamó: —¡McCormack!

—Diga, teniente— —la respuesta del contramaestre no se hizo esperar.

—Tome un par de hombres y vaya a la Esclusa Dos Este. Permanezca allí apostado hasta que tengamos el náufrago a punto de entrar a bordo. —A la orden, señor.

Media hora más tarde, media hora que a los dos hombres se les hizo interminable, la voz de McCormack se dejó sentir:

—El náufrago está en la esclusa de aire, teniente. ¡Y qué náufrago, señor! Me parece que tendremos que darle el título de Miss Naufragio. No habrá nunca otra chica tan guapa perdida en el espacio y...

—Bien, déjese ya de palabras, McCormack. ¿Está todo en orden?

—Sí, señor.

John se volvió hacia el capitán, indicándole con un irónico gesto la mesa de instrumentos —Su espacionave está servida, señor.

Y salió en dirección a la esclusa, ansioso de ver a la mujer que habían rescatado de la más horrible de las muertes.

* * *

—Escuche, teniente. Aquí se está cociendo algo muy gordo. Y se lo digo delante de todos. No quiero que usted se llame a engaño. Durante unos días mejoraron nuestras condiciones; pero, poco a poco, estamos volviendo a los primeros tiempos. Los hombres se quejan ya demasiado y la cosa está de tal forma que solamente falta una gota para que el vaso se desborde.

Quien de tal forma hablaba, agarrado a los barrotes, no era otro que Jarvis, rodeado por Robson y otros cuantos penados, cuyos rostros y ademanes expresaban bien a las claras la

coincidencia, de sus pensamientos con los del primero.

—Trataré de hacer todo cuanto pueda por ustedes —respondió John—. Pero me temo que no sea mucho. Prácticamente estoy bajo arresto y algún día puede que me vea yo en la misma situación en que se encuentran ahora.

—Ese capitán es más tozudo que una mula —gruñó Robson—. Suerte tendrá de que no podré echarle mis manos a su sucio pescuezo.

—Les ruego un poco de paciencia. Voy a verle e inmediatamente traeré la respuesta a sus quejas —murmuró John, que se daba cuenta del peligroso ambiente que se estaba incubando en la «pajarera», y que podía dar lugar a algo de suma gravedad, si una chispa estallaba muy cerca de aquel polvorín, cuyo explosivo se estaba hipersensibilizando de día en día.

Pero el capitán Benson no le hizo el menor caso. Antes bien le ordenó.

—Salga fuera y revise todo el casco de la astronave. Un aerolito ha tropezado con nosotros y estamos perdiendo aire.

—Pero, señor —objetó John—. ¿Y los detectores de perforaciones?

Benson se volvió, mirándolo de hito en hito —¿Sabe usted que una pequeña partícula de menos de dos milímetros de diámetro, a cincuenta o sesenta kilómetros por segundo, perfora el acero como si fuera manteca? ¿No? Me lo suponía. Un orificio tan pequeño no puede ser detectado, de modo que póngase el traje espacial y salga fuera. Tiene todavía casi seis meses para buscar ese agujero hasta que lleguemos a Plutón. Llévese, además, un fundidor de metales.

—Pero...

— ¡No me replique más, teniente! Estoy Harto de usted y, si no lo he encerrado con sus amigos allá abajo, es porque le necesito y no por otra razón. ¿Me entiende?

—Es más que suficiente, capitán.

Ya se acercaba a la Esclusa Uno Este, resignado a la ingrata tarea, cuando se le acercó Rosalie.

Fresca como una rosa, alegres los garzos ojos, revuelto el corto cabello de castañas tonalidades, perfectamente delineados todos sus rasgos físicos los rojos labios de la muchacha se distendieron. en una maravillosa sonrisa que, durante unos momentos, hizo olvidar al infeliz oficial toda su desgracia.

—Buenos días, John. ¿O son noches? ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, gracias, Rosalie. A usted no hay que preguntárselo.

—¿Qué le ocurre, John? ¿Adónde va?— —preguntó, intrigada la muchacha, viendo que John estaba a punto de terminar su equipaje.

El teniente se encogió de hombros, suspirando: —Cosas del capitán, Rosalie. Dice que un meteorito ha perforado la nave por algún sitio, fíjese bien, por algún sitio, y me ha encargado buscar el agujerito. ¿Que le parece?

Rosalie apoyó una mano en el brazo del oficial. —Ese hombre me da miedo, John. No sé por qué, pero es verdad.

Astor procuró animarla, sonriendo y echándolo a broma:

—Rosalie, no se lo diga a nadie —bajo la voz y ella se acercó, más intrigada todavía:

—¿Qué es ello, John?

—A mí también me da miedo.

Se miraron unos segundos en silencio y, al fin, rompieron a reír animadamente.

—Hasta luego, John. Venga a verme cuando haya terminado.

—No diga eso, Rosalie. Entonces no ocurrirá tal cosa hasta que acabe el viaje —y de nuevo rieron, pero ya él tenía calada la escafandra y, mirando el diminuto tablero de instrumentos que tenía en la base de la esfera transparente, casi junto a la barbilla, comprobó el perfecto suministro de oxígeno, así como el funcionamiento de la radio y del termostato. Se cargó a la espalda el fundidor de metales y se metió en la esclusa para salir al exterior:

Un momento después estaba en el vacío, después de haber comprobado la perfecta sujeción del tirante de anclaje y, ayudándose con las botas electroimantadas, comenzó a recorrer paso a paso la brillante superficie metálica, ayudándose con una potente lupa de cuarenta centímetros de diámetro y veinte aumentos.

Entre tanto, Rosalie se dirigía hacia su camarote, absorbida por completo en sus pensamientos, cuando de repente exhaló un pequeño gritito de susto al ver que una sombra le cerraba el paso. Pero se tranquilizó, no mucho, al ver que se trataba del capitán Benson.

—Buenos días, señorita Clover. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, gracias, capitán. ¿Me permite...?

—Desearía disculparme ante usted, Rosalie. —Señorita Clover, si no le molesta, capitán. La rectificación hizo enrojecer la faz de Benson quien, apretando los dientes, logró contenerse, enseñándolos a continuación en una mueca que quiso parecer una sonrisa.

—Como usted quiera. Quería únicamente decirle que lamento lo ocurrido. Tenga en cuenta que yo trataba de cumplir únicamente con mi deber. Tenemos prohibido el detenernos por nada y...

—Le comprendo perfectamente —dijo Rosalie, que ya estaba enterada, y no por John precisamente, de la pequeña sublevación que había habido para rescatarla—. Han sido ustedes muy amables conmigo, y toda mi vida les quedaré eternamente agradecidos. Y ahora, sí me lo permite, capitán...

—Un momento, señorita Clover. Quisiera pedirle no me guardara rencor. Yo... bueno, compréndalo y póngase en mi lugar.

—Si, sí, capitán —contestó ella, impaciente, ansiosa por poner entre ella y su interlocutor la puerta de acero de su camarote—. Le entiendo perfectamente. Pero tengo un poco de dolor de cabeza y desearía descansar un rato. Sabrá disculparme, ¿verdad?

Y antes de que Benson tuviera tiempo de replicar, ella desapareció en su habitación, dejando tras sí a un hombre pensativo, meditabundo, que durante unos segundos permaneció en la misma postura, hasta que, de repente, pareció salir de su éxtasis y se dirigió, dando largas zancadas, a su cámara, en la que, tras cerrar la puerta, llamó por el intercomunicador al contramaestre, apremiándole para que se presentara cuanto antes.

Un minuto más tarde, la aquilina faz de Pete McCormack aparecía en el umbral, inquiriendo con la mirada los motivos de la urgencia.

El capitán se le dirigió en forma destemplada. —¡Pasa y no te quedes ahí cono un pasmarote! — rezongó Benson.

McCormack obedeció, en tanto que el capitán procuraba desconectar todos los transmisores.

Hecho esto, se volvió mirando a su contramaestre, mientras le decía:

—Pete, ¿tú tienes alguna idea de quién mató al capitán Mulligan, hace tres o cuatro años, en uno de los viajes a Plutón? El capitán Mulligan era un apasionado de la astronomía y se llevó un bote —cohete, desembarcando en la superficie de Saturno. Creo que llevaba con él a un hombre y que éste volvió solo, afirmando que su superior había muerto aplastado por una ráfaga de aire sólido, ¿no es así?

El rostro de McCormack se volvió oliváceo, perdiendo instantáneamente el poco color de que disfrutaba, en tanto que Benson sonreía mefistofélicamente, continuando.

—Hay malas personas que afirman que no fue un accidente, sino un asesinato. ¿Tú qué opinas, Pete?

El contramaestre tragó saliva antes de contestar: —No sé nada., jefe, No sé de qué me habla. En mi vida he oído hablar del capitán Mulligan.— El contramaestre McCormack tal vez no. Pero sí el tripulante Rourke, que es quien acompañaba al desgraciado marino. ¿No es así?

—Y, aunque fuera verdad, ¿qué pruebas hay de ello?

Benson se echó a reír al mismo tiempo que encendía un cigarrillo indolentemente.

—La primera es fácil de hallar. ¿Por qué ese cambio de nombres? Y la segunda, la más interesante, el corpus delicti, en términos jurídicos, tampoco es empresa de envergadura. Yo sé el lugar exacto en que se encuentra el cuerpo del capitán Mulligan, perfectamente conservado, a causa de la bajísima temperatura que reina en aquellos parajes, por lo que es fácilmente visible, a pesar de los destrozos naturales, la señal del balazo que le saltó la tapa de los sesos. ¿No es cierto todo esto, McCormack?

—Me parece que todo eso que usted está diciendo no es más que un bluff, capitán.

Este no respondió por el momento. Se volvió y extrajo de uno de los cajoncitos del diminuto estante que tenía en cabecera del lecho un rectángulo de cartulina, que arrojó displicentemente al atónito McCormack, quien lo tomó en sus manos, y apenas había echado una mirada a la fotografía cuando comenzó a sudar copiosamente, temblando como un azogado.

—Se conserva bien, ¿eh? Saturno es un excelente frigorífico. Está igual que hace cuatro años, cuando lo liquidaste. ¿Por qué?— —preguntó secamente Benson.

McCormack bajó la cabeza, murmurando con voz sorda:

—Estaba ya a punto de ascender, cuando un día tuve un pequeño error. El capitán me puso cinco puntos negativos en su informe...

—Bien. No me importan mucho los motivos que tuvieras para liquidarlo, y además la cosa ya no tiene remedio. Ahora tienes que hacer una faena parecida.

—¡No! ¡Eso no! —aulló, todavía más lívido, completamente descompuesto, McCormack, rompiendo en mil pedazos la comprometedora fotografía, ante lo cual Benson se echó a reír.

—Es igual. Tengo el negativo y puedo reproducirla cuando quiera. Te sepa bien o mal, harás lo que yo te mande. Sabes que te puedo encerrar ahora mismo en la «pajarera» y que el tribunal sideral de urgencia que se constituiría en la Fortaleza Negra te condenaría a muerte irremisiblemente. ¿Te das cuenta de lo que te estoy diciendo?

McCormack notó que las piernas se negaban a obedecerle y tuvo que sentarse, murmurando con voz átona:

—Está bien. Usted gana. ¿De qué se trata? Benson le dio una palmada en la espalda, alargándole al mismo tiempo un cigarrillo.

—Toma. Eso te calmará los nervios. Así me gustan los hombres que están a mis órdenes, que sean disciplinados. Escucha...

Y la voz del capitán bajó tanto de volumen, que un invisible auditor, a medio metro de distancia de la siniestra pareja, no hubiera podido captar ni uno solo de los sonidos emitidos por Timothy Benson, en tanto que el contramaestre, de vez en cuando, hacía espaciados gestos afirmativos.

CAPITULO IV

Era increíble el poder de penetración de un meteorito de un par de milímetros de diámetro. Y también su buena suerte, pensó John, al descubrir el diminuto agujero, sólo al cabo de cinco horas de incesante búsqueda, con ayuda de la potente lupa, por lo que, exhalando un suspiro de satisfacción, se aplicó a la tarea de derramar el ardiente metal que, en pocos segundos, tapó por completo el agujero. Unos golpes de lima bastaron para rebajar aquella pequeña monstruosidad, dejando de nuevo la superficie del cohete lisa y pulida, tras de lo cual, caminando con torpe paso, debido al calzado imantado que tenía que despegar para levantar el pie, se dirigió a la esclusa, pasando poco después al interior de la nave. Participó al capitán la reparación del desperfecto y, tras haber injerido una sólida y abundante colación, el ejercicio le había abierto el apetito, marchó a su camarote, después de rechazar la sugestión de McGinnis de echar una partidita de póquer. Tenía sueño, pero ello no fue obstáculo para que, al pasar por delante de la puerta de la habitación de Rosalie, tocara con los nudillos.

—¿Quién es?

—John Astor. ¿A dormir?

Se abrió la puerta un tanto y en ella apareció la agradable cara de la muchacha, sonriéndole afectuosamente. Con coquetería femenina se había sujetado los cabellos con una cinta de color, extraída sabe Dios de qué desconocido rincón, aumentando así el encanto que ya poseía de sobra.

—Sí, es la hora ya. ¿Y usted, John? ¿Qué tal ha ido ese trabajo por ahí fuera?

—Un poco pesado, pero al fin encontré la avería. Todo marcha perfectamente, gracias a Dios. Hasta mañana, pues. Que tenga felices sueños, Rosalie.

—Igualmente le deseo a usted, John. Hasta mañana —y el desnudo brazo de la muchacha asomó un segundo al alargar la mano al oficial, quien la retuvo más de lo conveniente hasta que ella, sonriendo, se desasió y cerró la puerta.

John se encaminó a su habitación. Y no tardó diez minutos en quedarse dormido.

Pero sus sueños no fueron todo lo felices que le había deseado Rosalie. No supo precisar la hora cuando se despertó, al sentir un ahogo cuya causa no sabía explicarse. Intenso dolor de cabeza le ceñía las sienes, al mismo tiempo que sus pulmones inspiraban y expiraban el aire espasmódicamente, como si en el camarote hubiera escasez del preciado gas. Se levantó medio tambaleándose, dando media vuelta al conmutador de la luz, pero, ante su asombro, la estancia continuó sumida en la obscuridad.

Buscó a tientas las cerillas que había dejado al lado, junto con el tabaco, encendiendo una y sorprendiéndose enormemente de la escasa luminosidad del fósforo, pero antes de que pudiera averiguar la causa, se apagó éste.

Meditó unos instantes en las tinieblas. Consultando el reloj luminoso, pudo darse cuenta de que apenas había dormido tres horas, que se le habían pasado volando. Y al mismo tiempo

percibió un extraño sonido.

El ruido era apenas un levísimo siseo, pero a John se le erizaron los cabellos instantáneamente. ¡Estaba perdiéndose el aire respirable por el orificio que daba al vacío!

Corrió hacia la puerta y tiró del pomo, pero, aumentando más todavía su estupefacción, se quedó con él en la mano.

Durante un segundo se quedó alelado, inmóvil; sin saber qué hacer. La falta de aire era cada vez más perceptible y el dolor de las sienes, así como las ansias de sus pulmones por el oxígeno iban en aumento a cada movimiento de la manecilla del segundero. Buscó a tientas el mecanismo de apertura automática, pero tampoco funcionó, y se dio cuenta de que, de no ocurrir algún: milagro, estaba inexorablemente condenado a morir asfixiado.

Encendió otra cerilla y a su débil y vacilante luz, reducida por la falta de gas comburente a menos de la mitad de su intensidad corriente, se encaminó hacia su litera, a cuya cabecera se hallaba el intercomunicador, y trató de pedir auxilio, sin el menor resultado.

De repente una súbita idea cruzó por su mente. Pero era tan ridícula, tan irreal, tan descabellada, que la alejó de sí apenas formulada. Pero la sugestión era fuerte y se había agarrado a su cerebro con la firmeza de una sólida ventosa y ya no hubo poder que hiciera quitársela de encima. Pero ¿por qué iban a querer asesinarlo? ¿A tanto había llegado la animosidad que el capitán Benson sentía por él? No lo supo decir, porque caminó nuevamente a la puerta, con la intención de golpear para llamar, diciéndose a sí mismo que era una solución estúpida, puesto que cada camarote estaba construido a prueba de ruidos y se necesitaría algo así como un cañonazo para ser oído. No obstante, pensó que no le cabía otro remedio, pero en aquel momento, la falta de aire hizo sentir sus mortíferos efectos y cayó al suelo, estirando inútilmente los brazos.

* * *

Rosalie Clover dormía a pierna suelta, sin felices sueños, porque su descanso era perfecto, no solamente muscular, sino también cerebral, pero este descanso no la impidió despertarse con una extraña sensación que le indicó que no estaba sola en el camarote.

Se sentó en la cama repentinamente y escuchó atentamente, sin poder. oír nada. Después, riéndose de sí misma, volvió a tenderse, tratando conciliar nuevamente el interrumpido sueño. Pero, apenas había hecho tal, cuando percibió claramente el levísimo ruido sibilante de una respiración que no era la suya.

Una oleada de frío sudor envolvió instantáneamente el cuerpo de Rosalie. Nuevamente se sentó aterrorizada en la cama, y su mismo pánico la impidió gritar, porque ni siquiera se acordó de ello. Alargó la mano hacia el conmutador de la luz, y en aquel instante, el horroroso miedo que sentía se elevó al cubo.

¡Una mano velluda, de gruesos dedos, había llegado antes, apoderándose de la suya! Y, anticipándose a la acción de ella, la compañera de aquella mano le tapó la boca, cortando en flor el grito apenas iniciado.

Rosalie luchó desesperadamente, notando cómo se le rasgaba la ropa, pero el hombre era fuerte, de poderosos músculos y lentamente hubo de ceder arte la superioridad de su enemigo.

Percibió el cálido aliento del intruso, cuyas facciones no podía distinguir a causa de la total obscuridad, y notó cómo la mano de él, aquella que le había impedido encender las luces, la rodeaba el talle, doblegándoselo hacia atrás.

Enloquecida, perdido por completo el dominio de sí misma, Rosalie usó de una vieja artimaña femenina, como último recurso, sin tener confianza en él. No sabiendo hacer otra cosa para librarse de su enemigo, abrió más aún la boca, cerrándola a continuación con todas sus fuerzas sobre aquella mano que 1e impedía gritar.

Los efectos se hicieron notar seguidamente.

Sus fuertes dientecillos, de los que tan orgullosa estaba, se clavaron profundamente en aquella mano, notando inmediatamente el salino regusto de la sangre que acababa de brotar. Oyó claramente una rotunda maldición, pero pronunciada en baja voz: —¡Maldita! ¡Yo te daré...!

El desconocido no pudo terminar su frase, porque, aprovechándose de su momentáneo desconcierto, Rosalie saltó del lecho, echó a correr hacia la puerta y tiró del pomo, sin obtener ningún resultado práctico. En aquel instante, su instinto le anunció que el asaltante volvía a la carga, pero ya la mano de la muchacha había encontrado la llave de la luz, y una serie de lámparas, encendiéndose brillantemente, bañaron con su claridad la cámara. Rosalie ahogó un grito.

—¡Usted...! ¡Capitán, váyase de aquí, se lo ruego! ¡Váyase y procuraré olvidar sus intenciones! Pero Benson no le contestó. Perdido el dominio de sí mismo, inyectados los ojos en sangre, avanzó hacia ella, esquivando los inofensivos golpes que Rosalie le dirigía.

La muchacha se creyó perdida. Le pareció que el rostro del capitán aumentaba de tamaño hasta llenar totalmente la estancia, y cuando ya los brazos de Benson se iban a cerrar en torno a su talle, algo estalló muy cerca; con tremendo estrépito.

Uno, dos, tres, hasta cuatro disparos de pistola sonaron, conmoviendo toda la nave con sus detonaciones. Y el capitán Benson se detuvo sorprendido, alarmado, mirando instintivamente en la dirección en que habían sonado los disparos, momento que aprovechó la muchacha para correr al lugar en que estaba el intercomunicador, antes de que el estupefacto capitán pudiera evitárselo.

* * *

Los últimos destellos de su razón, ya semisumergida en los rojos círculos de la inconsciencia, le dijeron a John que había un remedio para aquella dificilísima situación. Lo importante era: ¿tendría tiempo de ejecutarlo? Cada vez disminuían sus fuerzas; a cada segundo que pasaba, su cuerpo se sentía más débil, y ya les pulmones amenazaban con estallarle.

Arrastróse, pues, hacia el pequeño «secretaire»

adosado a la pared frontera al lecho y sacó algo de uno de los cajones. Con temblorosas manos, encendió una cerilla y disparó en dirección a la cerradura.

La detonación sonó con tremenda fuerza en aquel reducido espacio. Pareció la de un cañonazo de grueso calibre, y los tímpanos de John resultaron duramente maltratados, no obstante lo cual hizo tres disparos más, con lo que obtuvo más de lo que él mismo esperaba, pues el último hizo blanco directo en el mecanismo de cierre, destrozándolo y haciendo que la puerta se abriera, tanto

por dicho mecanismo como por la presión del aire exterior, que irrumpió en la cámara tumultuosamente.

Cesó la opresión que sentía en los pulmones, aunque, por paradoja, el dolor de cabeza aumentó intolerablemente durante un par de segundos, para ceder poco a poco, en tanto que procuraba normalizar el ritmo de su respiración, sintiendo un infinito alivio a medida que las oleadas de oxígeno le volvían a la vida.

Se levantó, notando todavía las piernas débiles, y trató de salir al corredor, por el que ya se oían gritos y exclamaciones de los sorprendidos durmientes, pero en el mismo instante en que llegaba a la puerta, todos los altavoces de a bordo emitieron una misma llamada:

— ¡John, John! ¡Por favor! ¡En mi habita...!

El grito de Rosalie devolvió a John a su consciencia habitual. Ayudándose por las pasarelas, avanzando con enormes saltos por el centro del pasillo, en el que la gravedad, por hallarse situado en el eje del cohete, era prácticamente nula, llegó a la puerta de la cámara de la muchacha, descubriendo allí un cuadro nada agradable y que hizo que su pecho se hinchiera de cólera, al mismo tiempo que un rugido se escapaba de su garganta.

Rosalie luchaba desesperadamente por librarse de los poderosos brazos dei capitán, sin poderlo conseguir, por la superior fuerza de éste. Un hombro de la muchacha, perfecto, asomaba al descubierto, por entre la desgarrada ropa, y a la vista de aquello, John sintió hervirle la sangre.

Olvidándose de la debilidad que todavía sentía, sin recordar que tenía un arma en la mano, se abalanzó sobre Benson, quien, dándose cuenta de que una tercera, persona acababa de hacer irrupción en el camarote, soltó a Rosalie y se volvió dispuesto a hacer frente al que él consideraba como un intruso.

* * *

Las detonaciones, aunque muy apagadas, llegaron hasta la «pajarera», y Jarvir, a quien en aquel momento tocaba repartir los naipes, levantó la cabeza:

—¿Habéis oído, chicos?

—¿Qué diablos será eso? —preguntó Robson.— ¿Será un motín?— —inquirió un tercero.

Los ansiosos rostros de los condenados miraron instintivamente hacia arriba, y Jarvis, arrojando las cartas sobre la. mesa, se levantó y se dirigió hacia la enrejada puerta, cerrada exteriormente por otra opaca completamente, y oprimió el botón que les servía para llamar cuando necesitaban algo urgente. Luego, miró a sus compañeros y les guiñó un ojo. Tardó McGinnis todavía unos minutos en llegar, frotándose los ojos de sueño.

—¿Qué ha ocurrido, Mac? —preguntó Jarvis. ¿Y a mi qué me dices? ¿Qué tripa se os ha roto por aquí abajo?

—Pues... —Jarvis pareció meditar la respuesta, y de repente su mano se disparó hacia adelante.

* * *

Tal había sido el furor que se había apoderado de John, que no se dio cuenta de que tenía una pistola en la. mano hasta que fue tarde, es decir, cuando ,ya la garra de Benson hacía hecho presa en su muñeca, en tanto que, imprevisiblemente, millares de lucecitas multicolores comenzaban a bailar una frenética danza ante los ojos de John, quien solamente entonces apreció que su mandíbula había sido el objetivo de aquel demoledor puñetazo que le había dirigido el capitán.

—¡Maldito entrometido! —rugió éste, y en el segundo siguiente su rodilla se alzó bruscamente, conectando con el vientre de John, quien se dobló hacia adelante, exhalando un. gemido de agonía.

Cómo logró sobrevivir al puñetazo bestial de Benson, que sucedió acto seguido al rodillazo, es algo que John no supo nunca. Lo cierto es que, de haberle acertado de pleno en la nuca, allí acabara su carrera definitivamente, y solamente el hecho de que el espasmo de dolor que sentía en el vientre le hiciera moverse inconscientemente hizo que su cabeza se ladeara un poco, lo suficiente para que aquel martillo que era la cerrada mano del capitán le diera de refilón, derribándolo al suelo y haciéndole abandonar la pistola, que resbaló por el pulidísimo pavimento, yendo a parar lejos de los dos contendientes.

Rosalie se echó a un lado, asustada enormemente, sintiendo una intensa congoja al ver la suerte que estaba corriendo John, pero en el mismo momento apreció que dos o tres curiosos rostros habían aparecido en la puerta, atraídos por el escándalo, dándose cuenta de que el contramaestre y Boulton figuraban entre ellos. También advirtió, pero esto con más vaguedad, que el sonido de un claxon dominaba los ruidos de la fenomenal pelea y que uno de los espectadores, lamentándolo infinito, se alejaba de la puerta, mas no le concedió la menor importancia. Sus anhelos estaban con el caído y no pudo evitar un grito de espanto al ver que la pesada bota del capitán se alzaba sobre el semiinconsciente rostro de John.

Pareció como si la voz de la muchacha hiciera reaccionar a éste. Las nieblas que cubrían su visión se despejaron lo suficiente para ver el pie que descendía sobre su cara y, con un supremo esfuerzo, logró echarse a un lado, al mismo tiempo que sus manos se apoderaban de aquel tobillo y lo retorcían cruelmente, pero sin poder concluir su gesto, por su misma debilidad, de dislocárselo.

Sin embargo, consiguió que el capitán cayera a un lado, derribado por la imprevista reacción de su antagonista, la cual ciertamente no esperaba. Pero era ágil y se levantó de un salto, mas ya su segundo se había incorporado también y Benson se dio cuenta de que en adelante la lucha no iba a ser tan fácil.

Se lo demostró el primer directo que recibió en una mejilla, que se cortó al instante, y por ella empezó a salir aparatosamente la sangre y a correr por el rostro y cuello del capitán, que bufó encolerizado, arrojándose de nuevo sobre John, quien esquivó la acometida echándose a un lado y maltratando el hígado de su antagonista con muy poca consideración.

Sin embargo, el oficial se dio cuenta de que haría falta más de un golpe como el que le dio antes de salvar del naufragio a Rosalie, y que en realidad había sido de suerte, para derribar aquella torre humana. Benson no se dejaría cazar por segunda vez, y así lo entendió John, quien, dándose cuenta de las intenciones de su antagonista, que buscaba el cuerpo a cuerpo, procuró mantenerse a media distancia, cosa que no logró, porque Benson, despreciando la lluvia de golpes

que caía sobre él, logró sujetarlo entre sus brazos y echarle a continuación una zancadilla, a efectos de la cual ambos contendientes cayeron al suelo.

En el momento en que los dos tocaron el pavimento, sus ojos se dirigieron instintivamente hacia algo que todavía no había sido allí usado: la pistola que se le cayera a John al entrar en la cámara, pero la mano del capitán fue más rápida y se apoderó de ella.

No pudo disparar, como era su loco deseo, en medio de la ceguera que se había apoderado de él, porque la mano de John hizo presa en su muñeca. A pesar de todo, John se dio cuenta de que su fin era, irremediable y cuestión de pocos segundos. Benson era un Hércules y le dominaba de una manera irresistible.

Pero en aquel momento ocurrió lo inesperado. Lo que nunca hubiera jurado John que pudiera acaecer. Alguien se inclinó sobre ambos, y en sus dos manos tomó la mano armada del capitán.

Cogido éste por sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de que pudiera enterarse de lo que ocurría, la boca del arma estuvo encarada hacia su pecho y una serie de detonaciones brotaron del arma. El capitán soltó un espeluznante gemido al sentir su cuerpo atravesado por los proyectiles, y, sin noción ya de lo que le ocurría, se puso en pie de un espasmódico salto.

Presentaba una figura espantosa, lívido, rasgado el rostro del que continuaba cayendo la sangre, que se confundía con los torrentes que le brotaban del pecho. Una bocanada del rojo líquido le salió por la boca, y extendiendo les brazos y exhalando un ronco grito que se quebró casi al instante, se vino hacia adelante, quedándose inmóvil casi al momento.

John se puso en pie y se dio cuenta, de que Rosalie, gimiendo, sollozando, se le abrazaba, y no pudo evitar el que su brazo le rodeara la breve cintura. y luego miró hacia el contramaestre.

—Particularmente, McCormack —dijo—, he de agradecerle su intervención. Oficialmente, la desapruebo y deseo saber por qué no intentó desarmar al capitán, en lugar de ayudarle a oprimir el gatillo contra sí. ¿Era necesario matarlo?

McCormack, hipócritamente, bajó los ojos, murmurando:

—Lo siento, señor. Veo que me he excedido pero nunca supuse que mi intervención pudiera traer tan desgraciados efectos.

—Está bien. Recojan el cuerpo del capitán y sáquenlo de aquí. Más adelante veremos lo que hay que hacer. Rosalie —se dirigió hacia la muchacha, todavía junto a él—, entretanto tú te cambiarás de camarote. Haré que te envíen las ropas allí, ¿te parece bien?

—Si, John. Gracias. De no ser por ti... ¡Oh! —y la muchacha calló, no queriendo evocar las espantosas escenas transcurridas escasos momentos antes, sin darse cuenta de que tanto el uno como el. otro habían llegado al tuteo.

John se volvió una vez más hacia el contramaestre:

—De acuerdo con los reglamentos, ahora el mando de la nave me corresponde a mí, y...

Pero en aquel momento, una voz, con suaves acentos de ironía, le cortó la peroración apenas iniciada.

—¿Está usted seguro de ello, teniente?

CAPITULO V

Tom Jarvis se hallaba, con las manos en las caderas, desafiadoramente sonriente, teniendo a su espalda una colección de satélites, entre los cuales contaba, naturalmente, Robson, quien con una mano sujetaba a un tembloroso radiotelegrafista, semimuerto de pánico, en tanto que en la otra sostenía firmemente una pistola que se apoyaba con dureza en el costado de McGinnis.

—Creo que yo soy ahora quien manda aquí, teniente. ¿No es así, muchachos?

Un entusiasta coro de afirmaciones y risotadas le contestó, y John pudo darse perfecta cuenta de lo que había ocurrido, así como de lo que sería en adelante la vida a bordo de aquella espacionave. Quiso lanzarse hacia la pistola que, todavía, en sus engarfiados dedos, sujetaba el muerto, pero Jarvis se lo impidió con el sencillo procedimiento de echarle atrás con un fuerte manotazo, que, sin desplegar toda su fuerza, le hizo parecer a John que una mula acababa de soltarle una coz en pleno pecho, haciéndole retroceder.

—¡Quieto, amiguito! He dicho que a bordo soy yo el amo y no quiero que se me discuta. Me ha caído usted simpático, porque fue el único miembro de la tripulación que mostró cierto interés por nosotros, pero tampoco dejaré que los sentimentalismos me impidan llevar a buen puerto mis propósitos. Creo que me explico con claridad, ¿no?

—Demasiado —murmuró amargamente John, volviendo al lado de Rosalie, quien se apretujó contra él—. ¿Qué piensa hacer de nosotros ahora? Jarvis se rascó la cabeza, dudando.

—No lo sé. En todo caso, tendré que consultarlo con éstos —y señaló hacia sus compañeros, con un gesto de su pulgar.

—Por lo menos, nos dejará salir de aquí, ¿no? Y ¿me permitirá hacerla una observación, Jarvis?

Este se inclinó burlonamente.

—Mi espíritu ha sido siempre dado a las discusiones. ¿De qué se trata, teniente?

—¿Se ha dado cuenta usted del mal paso en que se ha metido? Ha encabezado un motín, agravando su pena con ello.

Pero, ante el infinito asombro de John, el hombrón se echó a reír estrepitosamente.

—¡Hombre, eso está muy gracioso! ¿Y usted? ¿Qué me dice del capitán Benson? ¿Qué espera usted que hagan con un segundo que mata a su superior? ¿Ascenderlo y darle su puesto?

Sólo entonces se dio cuenta John de la verdad que encerraban las palabras que acababa de pronunciar Jarvis. Advirtió que sería muy difícil probar su inocencia. Pero, pese a todo, protestó.

—Yo no lo maté. Estábamos luchando y el contramaestre McCormack volvió su mano... —¡Bueno!— cortó abruptamente Jarvis —. ¿Qué me importa a mí quién fuera el que se cargó a ese pirata? Al contrario, si he de felicitarle. ¿No ve que, quienquiera que haya sido, me ha ahorrado un trabajo? Así que el contramaestre, ¿eh?— y se volvió hacia McCormack, que tenía al lado, empujándolo hacia el centro —De modo que fuiste tú...— ¡No! ¡No!— —se defendió servilmente

el contramaestre— Fue él, el teniente Astor, quien mató al capitán. De no haber llegado ustedes, también me hubiera matado a mí. Créame, señor Jarvis, se lo ruego.

La sangre hirvió en el cuerpo de John al escuchar la serie de falaces acusaciones que McCormack estaba arrojando sobre él, y, soltando a Rosalie, trató de saltar sobre él:

—¡Canalla, embustero y traidor! ¡Te voy a...! Pero a Jarvis le bastó con extender la mano para detener el impulso del encolerizado oficial.

—¡Basta! ¡No me importa que haya sido usted o no el que ha matado a Benson! Ahora soy yo el amo de esta nave y no toleraré que una voz se oiga más alta que otra, ¿me ha entendido, teniente?

—Perfectamente —replicó John, dando un paso hacia atrás— —. Dejando a un lado la, cuestión de la culpabilidad de la muerte de Benson, que se esclarecerá a su debido tiempo, me permitiré hacerle una pregunta. Dice usted, Jarvis que ahora es usted el amo a bordo. ¿Quiere decirme, además, quién gobernará la nave?

—Se lo diré más adelante, teniente. Por ahora, la navegación es automática y podemos permitirnos el lujo de caminar unos cuantos millones de kilómetros, en tanto que mis compañeros y yo deliberamos —Jarvis subrayó esta palabra, con lo que John comprendió que allí no habría nada parecido a una deliberación— sobre lo que nos conviene hacer.

—Está bien. Por lo menos, espero nos permitirá a la señorita y a mí abandonar esta cámara, ¿no? Jarvis se inclinó burlonamente:

—Están ustedes en su nave, señorita, caballero... Pero John sintió claramente el estremecimiento que se apoderó de la muchacha, al sentir sobre su cuerpo las miradas de los condenados sublevados y procuró no mirarlos al pasar por ellos, en tanto que John la encaminaba al camarote del difunto Benson, puesto que todavía no había sido reparado el suyo.

***

La sombra se deslizaba furtivamente, aprovechando el sueño de los viajeros del «Prothyone». Se detuvo unos instantes al pasar frente a una puerta de la que salían risas y cánticos, mezclados de vez en cuando con alguna, palabrota cuando alguno de los ocupantes perdía en el envite del juego. Escuchó atentamente unos segundos y, tranquilizándose, continuó su camino en dirección a la cubierta inferior de la nave.

Descendió las escaleras, girando luego hacia la derecha. Perfecto conocedor de las interioridades del aparato, atravesó sin titubear por entre aquel mare magnum de viguetas y tensores que reforzaban la armazón, pasando por encuna de las esferas destinadas a contener metano, y llegando al fin hasta un lugar en el que había una especie de asientos muy cómodos, con el respaldo exageradamente echado hacia atrás, con una cúpula de plástico que en aquel momento estaba levantada.

Cerró la esclusa de aire y se sentó, atándose a continuación las correas de sujeción a la cintura. Luego hizo que la cúpula se deslizara sobre las ranuras adecuadas y movió un botón; que hizo iluminarse en el tablero de instrumentos una esferilla, lo cual le indicó que aquella pequeña, cabina se hallaba completamente estanca. Hecho esto, el hombre oprimió otro botón y una especie

de brazos articulados empujaron la pequeña navecilla hacia fuera, separándola de la mayor, en aquel caso su nodriza.

Las grapas que sujetaban el bote espacial se abrieron, dejando éste libre. El hombre sonrió con dureza, porque se imaginaba que en aquellos momentos todos los timbres de a bordo estarían formando un enorme escándalo, pero ya a él le daba todo igual.

Sus manos, moviéndose con habilidad hija de la larga experiencia, manejaron los controles que ponían en funcionamiento los pequeños motores del bote, y en la popa de éste comenzaron a salir dos anaranjados chorros de llamas. Durante unos segundos vaciló la diminuta nave, diminuta en comparación con la gigantesca que tenía a su lado, y luego, como si hubiera salido de la boca de un cañón, se proyectó hacia adelante a una enorme velocidad.

Diez segundos más tarde, aquel bote era solamente un puntito rojo en el espacio, que muy bien hubiera podido confundirse con una estrella «vieja». Instantes después, ya no quedaba el menor rastro de Pete McCormack, quien huía a la espantosa velocidad de millón y medio de kilómetros a la hora.

* * *

El estrépito de los timbres hizo saltar de la cama a John; pero, antes de que tuviera tiempo de averiguar lo que ocurría, un hombre, Robson, se precipitó en la estancia.

—¡Ah! —y no dijo más, desapareciendo acto seguido, dejando al atónito oficial sumido en un mar de confusiones, confusiones que se aclararon bien pronto, cuando otro condenado que apareció tan repentinamente como el anterior, le dijo secamente:— Venga conmigo.

—¿Qué ocurre?

El otro se encogió displicentemente de hombros —No lo sé. El «patrón» quiere verle.

—¿Jarvis? —inquirió John; pero el otro volvió a hacer un indiferente gesto, ante lo cual no le quedó otro remedio que vestirse apresuradamente y seguir al mensajero, quien le condujo directamente a la cabina. Sentado en uno de los sillones se hallaba el hombre que era el jefe directo de la nave parecía preocupado.

Jarvis lo miró inquieto.

—¿Quién era el tipo ése que se ha fugado con el bote?

—¿Acaso lo sé yo? —replicó John adustamente— Estaba durmiendo tranquilamente cuando sonaron los timbres. Eso es todo cuanto puedo decirle, Jarvis. El creerme o no, eso ya es cosa suya.

El bandido se acarició pensativamente la barbilla:

—Me parece que le voy a creer, y...

Pero le interrumpió Robson, que entró gritando —¡Ya sé quién es, jefe! El contramaestre McCormack. ¡El muy granuja!

Jarvis miró a John, diciéndole con dureza: —De usted depende que le alcancemos, teniente. Estoy seguro de que lleva el rumbo de Plutón, para denunciar lo ocurrido. A nosotros nos huele la cabeza a pólvora, pero la suya tampoco está muy segura que digamos sobre sus hombros.— ¿Alcanzarle? —murmuró desdeñosamente el teniente John—. ¿Quiere usted decirme cómo? La

velocidad máxima, solamente para casos de emergencia, es de millón y medio de kilómetros a la hora. Sobrepasarla es exponerse a hacer estallar los reactores. Y ya puede usted darse una idea de lo que ocurriría.

Jarvis se levantó, mirando amenazadoramente al oficial :

—Todavía no hemos estallado, pero sí en cambio hay una cosa segura, y es que, si ese tipo llega a Plutón, nos lloverán como moscas los aparatos de vigilancia, y no doy entonces un centavo por nuestro pellejo. Por cierto, ¿cómo demonios puede alcanzar ese bote tal velocidad?

—Solamente puede caminar a medio millón; pero si le suma usted el millón entero que ya llevamos nosotros, podrá explicarse tal rapidez.

Jarvis le comunicó:

—Pues apriete a este cacharro, teniente, y alcance a McCormack. Tampoco a usted le conviene que se vaya de la lengua. Particularmente, yo creo que usted no mató al capitan pero vaya usted a saber lo que pensarán allá abajo. Y ya sabe qué es lo que da de sí ese traidor.

—Bien. Veo que no me queda otro remedio que ponerme de su parte —murmuró John, pensando en el desenlace que podría tener aquella aventura, en la que tan inesperadamente se había, metido. Pero, y suponiendo que alcanzasen al traidor contramaestre, ¿que haría con él? ¿Matarlo? Era una solución que le repugnaba. ¿Qué podía hacer, pues?

Se encogió de hombros, pensando en que todavía le faltaban unos cuantos meses hasta cruzar la órbita del último de los planetas. El tiempo decidiría. Y su mano, firme, segura, comenzó a mover el control de potencia, aumentando el volumen de la reacción nuclear en los motores, haciendo que la nave ganara en velocidad paulatinamente, en un incremento uniformemente acelerado.

Pero, cuando ya en los radares de la nave se reflejaba la imagen del bote —cohete en que navegaba el traidor, cuando ya Jarvis y los suyos comenzaban a dar saltos de júbilo, regocijándose ante la idea del tormento que iban a aplicar al contramaestre, cuando estuviese en sus garras, algo hizo soltar una exclamación de asombro a John.

—¿Qué ocurre? —preguntó el primero.— Fíjese. McCormack ha debido pedir socorro, y dos naves de vigilancia están acudiendo a sus llamadas.

—¡Maldito contramaestre!— —rugió Jarvis—. ¿Cómo ha podido radiar, si su transmisor es de tan poca potencia?

John hizo un gesto de indiferencia:

—Se habrá arriesgado a inutilizarlo, aumentando el volumen de la emisión. Puede hacerse, pero solamente en casos desesperados, y usted me dirá si éste no es uno de ellos para ese tipo.

—Tiene usted razón —gruñó el jefe de los sublevados—. ¿Qué piensa usted hacer?

—Largarme de aquí cuanto antes. Nos hallamos muy cerca del planeta y es una vecindad incómoda. Claro es que nuestra nave es infinitamente superior en velocidad, puesto que está construida para viajar a largas distancias. Pero, aun así y todo, un encuentro podría sernos desastroso, si no lográramos esquivar los primeros disparos.

—Haga usted virar la nave— —sugirió Jarvis.

Y ante las ingenuas palabras del hombrón, John se echó a reír.

—¿Qué le ocurre? —rezongó el otro, muy amoscado.

—Usted no tiene la culpa de no entender de astronáutica. Tendremos que arriesgarnos y pasar como una bala por las trayectorias de esos aparatos de patrulla. Un viraje, a la velocidad que llevamos, nos llevaría muchas horas, puesto que la curva, de unos cuatro millones y medio de kilómetros de radio, mediría unos veintiocho en la semicircunferencia necesaria para virar en redondo.

—¿Entonces...?

—Nuestra suerte está echada —dijo lúgubremente John, poniendo toda su atención en los instrumentos.

Afortunadamente, la espacionave cruzó sin sufrir ningún percance por entre los aparatos de vigilancia, salidos a su alcance al recibir los mensajes de McCormack. Su superior velocidad le permitió dejarlos atrás, como inmóviles, clavados en la negrura de aquella región celeste, y, apenas habían rebasado la órbita de Plutón, cuando John estuvo seguro de que no serían alcanzados, quiso virar disponiéndose a realizar la maniobra conveniente.

Movió por segunda vez la palanca que enviaba los chorros a la tobera de estribor, que, por su empuje, haría moverse al aparato en sentido ampliamente giratorio, en una trayectoria circular, cuyo centro estaba situado a más de cuatro millones y medio de kilómetros, cuando al primer empujón se dio cuenta por el indicador de virajes que la nave no había alterado su rumbo.

Pero el segundo intento le resultó fallido, y entonces, aterrado, observó el velocímetro. Dándose cuenta de que la aguja había rebasado la línea roja que indicaba el límite de seguridad.

Su mano voló, reduciendo gases; pero todo fue en vano. La aguja seguía en la misma posición. Y no era sólo eso, sino que John observó que la velocidad aumentaba enormemente, al sentir que su cuerpo se hundía en la blandura del sillón.

Se dio cuenta de que habían rebasado los dos millones, tal vez habían alcanzado los tres, y de repente, en los radares, apareció la imagen de un cuerpo celeste que sus conocimientos astronómicos le indicaron no era lógico que estuviera allí. Tomó el micrófono.

—¡Jarvis! —llamó—. Le habla el teniente Astor. Venga inmediatamente a la cabina.

El gigantón se presentó en menos de treinta segundos.

—¿Qué ocurre? —inquirió, apenas había entrado.

—El aparato no obedece a los mandos, Jarvis. No sé lo que ocurre, pero sí estoy seguro de que estamos saliendo al espacio exterior a nuestro planeta a una velocidad casi doble de la máxima que permiten nuestros motores.

—¡No me diga...! ¿Está usted seguro, Astor? —el acento del hombre expresaba toda la incredulidad que sentía en aquellos momentos.

—Quisiera equivocarme, pero, por ahora, desgraciadamente, son mis palabras una cierta y desagradable verdad.

Durante horas y mas horas, John, sudoroso, hizo los. imposibles por rescatar al aparato de aquella misteriosa atracción que los precipitaba en un Universo sin fin. Veíase ya lanzado en una interminable eternidad. Los víveres, el agua, el oxígeno, terminarían por agotarse un día, y entonces, el interior de la nave registraría. espantosas escenas de los hombres enloquecidos por el hambre, la sed y la inevitable certeza de una inexorable muerte. Pero, cuando ya se dio por definitivamente vencido, una lucecita lejana, brillando sobre las demás estrellas, apareció frente a

él.

Conectó el telescopio. Contuvo los apresurados latidos de su corazón. ¿Sería aquel mundo brillante, perdido todavía a millones de kilómetros de distancia, la causa de la desviación de su rumbo?

La respuesta la tuvo cuando voló por encima de aquel planeta. Todo él —dio la vuelta con la nave en un par de lloras, habiendo reducido la velocidad, porque los mandos le habían vuelto a obedecer, sin que pudiera explicarse la causa— era un inmenso globo líquido. Si había tierra, estaba totalmente anegada por las aguas. Era una colosal esfera acuática flotando en el espacio.

Quiso, aprovechando que tenía de nuevo el control de la astronave, huir de allí, pero todo fue inútil. Se dio cuenta de que, por alguna razón desconocida que no podía explicarse, lo único factible era decelerar, frenar todo lo posible para no quemarse como una, pavesa en la densa atmósfera, casi toda ella, cubierta. de espesas nubes, de aquel mundo. Pero también se dio cuenta de que era inexorablemente atraído hacia la superficie de aquel esférico océano, que parecía de plata visto desde la altura.

Sintió el subito aumento de la temperatura, cuando el cohete se precipitó en la envoltura gaseosa de aquel mundo. Observó que la superficie líquida se aproximaba a enorme velocidad, y redujo todos los gases, abriendo los chorros de proa, para frenar, pero ya era demasiado tarde.

Levantando masas de espuma, la nave se precipitó en aquel océano, y desapareció en su seno en menos de una décima de segundo.

CAPITULO VI

John fue proyectado hacia adelante por el súbito frenazo que sufrió la nave al penetrar en un cuerpo de mucha mayor densidad que el aire, pero logró conservar la serenidad suficiente para cortar los chorros, dándose cuenta de que no le servía de nada el intentar evadirse a aquella desconocida fuerza de atracción que les arrastraba al interior de aquel océano, que cubría totalmente la superficie del incógnito planeta extraplutoniano[3].

Notó cómo se hundían, sin poder evitarlo, y abandonó la cabina. Se dirigió hacia el camarote de Rosalie, quien en aquellos momentos salía a su encuentro.

—¿Qué ocurre, John? —inquirió, pálida, alarmadísima.

Este se lo explicó en pocas palabras, y lo mismo hizo con los restantes pasajeros. Pero antes de que hubiera terminado de su intento de aclaración, puesto que no sabía mucho más que ellos, un brusco choque los derribó a todos. La nave, antes espacial y ahora, a su pesar, submarina., se había detenido súbitamente. Afortunadamente, con la tremenda reducción de su velocidad, la detención no causó ningún grave perjuicio al aparato ni a los seres que en su interior se hallaban.

John ayudó a levantarse a la muchacha; mas, antes de que pudiera dirigirle la palabra, alguien soltó una viva exclamación de asombro gritando:

—¡Venid! Fijaos y decidme si veis lo mismo que veo yo.

Corrieron todos a las lucernas de observación. Su hermetismo, que impedía en el vacío escaparse el aire, les servía ahora para todo lo contrario, para no ser anegados por el agua. Pero todos se unieron en un solo grito de asombro cuando presenciaron el fantástico espectáculo que se les ofrecía a la vista, a menos de medio kilómetro de distancia.

Era una ciudad, brillantisimamente iluminada, la que estaban viendo a tan corta distancia. Una ciudad enorme, inmensa, de edificios que parecían de transparente vidrio, cuya iluminación, de variadísimos colores que suspendían el ánimo, partía del interior mismo de tan extraños cubos y torres, ciudad situada en lo alto de un gigantesco promontorio de suaves pendientes, ocupando una extensión enorme de terreno subacuático.

Los edificios adoptaban todas las .formas posibles. Tan pronto parecían los antiguos rascacielos neoyorquinos, pero lisos, sin el menor adorno, como semejaban cilíndricas torres, rematados unos y otros por sendas cúpulas semiesféricas, igualmente transparentes. Los había que parecían una sucesión de globos, con un eje vertical común, sucediéndose uno a otro, hasta elevaciones increíbles Y entre unos y otros, a modo de, nexo de unión, semejando puentes de rarísima construcción, existían larguísimos tubos, los cuales daban la sensación de ser las calles de tan original urbe sumergida.

Pero no pudieron entretenerse mucho en la contemplación de tan maravilloso espectáculo. Antes casi de que se dieran cuenta, una extraña, procesión se encaminó hacia ellos, advirtiendo John que en la misma figuraban varios vehículos semejantes a canoas deportivas, agitando las

aguas, lo que notó en la estela espumosa que quedaba tras aquellos extraños vehículos. Estos navegaban escoltados por infinidad de seres que, si el, la distancia parecían peces de especie desconocida, pronto pudo ver que no eran sino hombres, hombres de constitución absolutamente idéntica a la de él y sus compañeros.

Los hombres —peces, que en sus movimientos natatorios se ayudaban con una especie de diminuto motor adosado a la espalda, fundado, como el de la espacionave, en el sistema de propulsión a chorro, se acercaron a ésta, envolviéndola, evolucionando sin descanso a un lado y a otro, en todas direcciones, agitando su mano derecha, en la que llevaban algo que parecía una pistola lanzaarpones, cuya puntiaguda extremidad, afiladísima por lo poco que se podía. apreciar, sobresalía amenazadoramente de la boca del arma.

Pero la atención de John, cuyo brazo derecho rodeaba desde un principio la. cintura de Rosalie, se centró bien pronto en uno de los vehículos, que comenzó a dar vueltas insistentemente alrededor del aparato sumergido, como si tratara de buscar el medio de introducirse en su interior. John quiso marchar de allí.

—¿Adónde va usted? —preguntó abruptamente Jarvis.

—Voy a abrir la esclusa Tres Sur. Es la más apropiada para este caso.

¿Cómo?

—¿Es que no se ha dado usted cuenta de que esos misteriosos seres quieren entrar aquí?

—¿Y les va a permitir el acceso? Pueden causarnos algún grave perjuicio. No olvide que por su causa. hemos caido en este planeta totalmente cubierto por las aguas —le objetó, sensatamente al parecer, Jarvis.

—No sea tonto. Si hubieran pretendido hacernos algo, medios tienen para habernos destruido. Una simple explosión, transmitida a través de la capa de agua, y podríamos contarnos entre los muertos. ¿Vienes, Rosalie?

La muchacha obedeció, bajando los ojos al pasar por el lado de Jarvis, que la miraba irónicamente, Abrió la compuerta exterior poco a poco, sintiendo el ruido de las aguas al penetrar tumultuosamente en aquel espacio.

—Creo que resistirá la presión— —dijo, con sencillez, John, continuando. De repente, notó unos golpes que resonaron profundamente en el mamparo junto al cual se hallaban—. Ya deben estar dentro esos hombres —peces. Ahora veamos si el aire de aquí tiene suficiente potencia para expulsar el agua.

La tuvo y unos nuevos golpes le indicaron a John que el vacío se había hecho en la cámara de la esclusa, por lo que, tras mirar a Rosalie, sin darse cuenta de que los demás pasajeros se habían agolpado junto a ellos, se decidió a abrir la compuerta interna.

Dio un paso atrás. No lo pudo evitar. La sorpresa era demasiado fuerte, a pesar de que se lo esperaba, para no hacerlo.

Media, docena de hombres —peces estaban allí. Era indudable que su medio ambiente era el agua, porque llevaban unos cascos cilíndricos, terminados, al igual que muchos edificios, en una semiesfera, llenos de agua, ingenio del que se valían para respirar en un lugar en el que no hubiera otra cosa que aire o el vacío. Un par de tubos elásticos, de forma parecida a una espiral, concluían en unos depósitos que tenían adosados a la espalda, en la cual, asimismo, llevaban el motor que

les servía para, ayudarse en sus viajes subacuáticos.

El color de su piel era de un verde azulado no muy intenso. Salvo este detalle, su constitución anatómica era exactamente humana. Sus proporciones físicas, debido seguramente a su eterna inmersión, eran perfectas y, aun en los más bajos de estatura, no se notaba desproporción alguna en sus miembros. Una especie de aletas sujetas por anillas a los tobillos les servían, según dedujo con acierto John, no para ayudar a la impulsión, sino para la dirección de la marcha cuando navegaban.

El hombre que iba en cabeza y que parecía ser el jefe sonrió apaciblemente, abriendo la boca como si hablara. Pero los terrestres no supieron adivinar el parlamento que se les dirigía. Sí, en cambio, se dieron cuenta de que el desconocido, vestido sumariamente con un slip, del mismo color de su piel, con algunos adorno, de un extraño metal que arrojaba destellos fosforescente aun a plena luz, les alargaba un aparato respiratorio como el que ellos usaban, desprovisto, naturalmente, de agua.

John no dudó en colocárselo. Por medio de señas, fácilmente entendidas, aquel hombre —pez le indicó cómo funcionaba y notó en seguida el aflujo de oxígeno. Hizo un par de inspiraciones y sonrió a la muchacha, como para indicarle que todo marchaba perfectamente. Tomó otro casco de manos del hombre submarino, que también sonrió, al comprender la maniobra, del terrícola, y se lo alargó a Rosalie, indicándole lo que debía hacer. Su voz, pronto se dio cuenta John, no se transmitía a través de aquella escafandra.

Jarvis, Robson, Boulton y McGinnis estuvieron prontamente equipados de la misma manera. El hombre —pez les indicó con señas que pronto traería más cascos respiratorios y, hecho esto, indicó que debían pasar a la esclusa. John hizo señas a los restantes para decirles que debían permanecer allí, y, pasando al otro lado del mamparo, manipuló el mecanismo que lo cerraba.

Sintió frío cuando el agua comenzó a cubrirle los tobillos. Pero después se acostumbró, y, aunque contuvo instintivamente la respiración al llegarle el líquido a la cabeza, pronto se dio cuenta de que no había sido otra cosa que un reflejo inconsciente. Y se río de sí mismo.

* * *

No pudo evitar el lanzar un grito cuando, tras haber atravesado totalmente la ciudad sumergida, habiendo admirado las maravillosas vistas, el inigualable paisaje urbano de aquella masa de edificios, que mas que de vidrio parecían gemas infinitamente gigantescas, por cuyas ventanas eternamente abiertas entraban y salían constantemente hombres y mujeres, con ágiles y graciosas evoluciones, la canoa en la cual viajaban, y en cuya velocidad no parecía hacer mella la resistencia del medio líquido, enfilaron hacia un edificio mucho irás alto que los demás y que dominaba, no solamente el resto de la ciudad, sino también el fondo de aquel extraño mar, por el que también se veían numerosos peces, confundidos con los habitantes, quienes no parecían concederles la menor importancia.

Aquel edificio, mejor dicho, el conjunto de ellos, era algo que sobrepasaba en esplendor a todos los demás. Altísimas torres, cilíndricas y hexagonales, brillantes, esplendentes, dominando otras construcciones más bajas, pero como todas, inevitablemente rematadas por la clásica esfera,

unidas por aquellos tubos, constituían un espectáculo de inigualable belleza. Todo él parecía un ascua de luz, de diversos colores, en grata y apacible mezcla a la vez, que no dañaba a la vista, por mucho que se mirase. Pero John hubo de cesar bien pronto en su admiración, cuando el vehículo enfiló una gigantesca puerta, en la que había, rígidos, inmóviles, armados con enormes fusiles lanzaarpones, en cuya punta e inmediatamente antes de ésta, había una extraña protuberancia ovoidea, Había dos guerreros, quienes al cruzar la canoa por frente a ellos hicieron un extraño movimiento, perfectamente sincronizado, que John supuso seria el saludo de aquellos hombres.

Apenas habían cruzado el umbral de la puerta, cuando notó, por el inmediato cese de las vibraciones, que el motor había cesado de funcionar. No obstante, la canoa adquirió todavía más velocidad. John no se dio cuenta, más tarde se lo explicaron, de que a sus espaldas se había cerrado una puerta que obturaba por completo aquel tubo, y que poderosas máquinas impulsaban el agua contenida en su interior, produciendo una corriente de gran velocidad y que, como en los restantes tubos, servía para los viajes interiores de los habitantes de la ciudad.

Aquella rara vía ascendía en espiral, de gran radio, y la potencia de la fuerza impulsora que producía el movimiento del agua debía ser grande, porque las torres y edificios pasaron por el lado de aquellos viajeros formando casi una mancha sin que apenas pudieran distinguir los detalles de cuanto verían. Pero pronto cesó aquel movimiento ascensional. La canoa fue frenando gradualmente y, finalmente, se detuvo ante la puerta, también circular, de otro edificio, situado en el centro de la aglomeración que era cilíndrico y de un diámetro de unos quinientos metros. Los dos soldados que había a. ambos lados volvieron a hacer aquel extraño movimiento de saludo y el jefe que los había conducido hasta allí les indicó por señas que habían finalizado su viaje.

John tomó a Rosalie por el brazo. Naturalmente, se sentían embarazados por la densidad del agua y sus movimientos no eran tan ágiles como los de aquellos seres que habían nacido en aquel su elemento, notando además que la temperatura era agradable, sin que la prolongada inmersión les afectara lo más mínimo. Pero todavía les quedaban muchas cosas de qué asombrarse.

La puerta aquella daba a una, especie de salón, con grandes ventanas redondas, sin apenas mobiliario. Desde aquellos miradores se divisaba, el fantástico espectáculo de la ciudad, completamente iluminada. Pero no fue esto lo que atrajo la atención de los recién llegados, sino la, maravillosa hermosura de la, mujer que allí se hallaba, recostada en un diván, acariciando perezosamente con la, mano un pequeño delfín que vagaba en torno de ella y que a John le hizo el efecto del perro favorito de la mujer.

Ésta se puso en pie, contemplando curiosamente a los terrestres y abrió la boca. Éstos se dieron cuenta de que hablaba, a juzgar por la respetuosa actitud de los soldados que les habían escoltado, pero no pudieron oír los sonidos emitidos ni, lógicamente, entender las palabras pronunciadas, aunque John se dio cuenta de que la mujer se estaba enterando de lo que les había ocurrido, y luego ondulando suavemente, sin parecer apenas pisar el vítreo pavimento, caminó hasta hallarse muy cerca de John, al que sonrió de una manera deliciosa para, él, pero no para Rosalie que frunció el ceño, disgustada.

La hermosa tocó el pecho de John con el índice, en tanto que sonreía, y luego se señaló a sí misma, con una mímica harto significativa. John movió la cabeza de derecha a izquierda e hizo la misma señal, pero refiriéndose a Rosalie, al ver el gesto del hombre, no pudo por menos de hacer

un gesto burlón a la otra, sacándole la, lengua.

Aquélla, pensó John, debía ser la reina de aquel fantástico mundo inmergido, porque sus órdenes fueron obedecidas con presteza. Dos soldados se echaron sobre Rosalie, la tornaron con los brazos, poniendo en funcionamiento sus reactores acuáticos individuales, y se elevaron con ella en dirección hacia la puerta de entrada.

John gritó, sin darse cuenta de que, a causa del casco —escafandra, no le podían oír, y trató de lanzarse en pos de aquellos que se llevaban a su amada. Pero antes de que los otros guerreros pudieran intervenir, antes de que él tuviera tiempo de alcanzar a los que se alejaban, la puerta, de entrada se abrió repentinamente y un flujo inesperado de agua echó al terrestre hacia atrás, al mismo tiempo que los dos guerreros de guardia entraban a toda prisa, con una expresión de horroroso pánico en el rostro.

No tuvieron tiempo de interrogarles, porque la explicación de su inusitada actitud vino al instante, cuando un interminable tentáculo, surcado de ventosas en doble fila en toda su longitud, que excedería de los veinte metros, penetró agitándose como una fenomenal serpiente de espantoso aspecto, de cambiantes tonalidades gris verdosas, surcadas a veces de largas estrías de un marrón rojizo que tan pronto aparecían como desaparecían.

Los dos hombres que tenían entre sus brazos Rosalie la soltaron y dieron toda la marcha a sus propulsores, alejándose en lo posible del monstruo. La muchacha, agitando brazos y piernas desesperadamente, recordando sus conocimientos de natación, procuró también huir del cefalópodo, pero se marcha era harto lenta comparada con la de los hombres —peces.

Un tercer tentáculo, de tan pavoroso aspecto como el primero, hicieron su aparición en la sala, en tanto que todos cuantos allí se hallaban presentes procuraban situarse en el extremo opuesto. Pero, antes de que lo consiguieran, el saco del tremendo pulpo, que John calificó como una viva reedición del kraken[4] de la mitología nórdica., quedándose mucho más estupefacto que horrorizado a la vista de semejante engendro de la naturaleza.

Una enorme cabeza, de forma do saco, con dos ojos de casi un metro de dimensiones, que miraban fríamente, con odio infinito a todos aquellos hombres, ocupando el total espacio circular de la puerta, estaba allí. El pulpo se movió perezosamente, introduciendo otros dos tentáculos, y John pudo apreciar el enorme pico que había en las profundidades de aquel cuerpo octópodo, abriéndose y cerrándose estremecedoramente, mostrando una cavidad capaz de hacer desaparecer en ella el cuerpo de un hombre.

Los hombres peces desfilaron rápidamente, gracias a sus aparatos proyectores, arrojando todo cuanto podía, servirles de estorbo en su marcha. Pero la reina de aquel país sumergido, desprovista en aquellos momentos de su motor individual, así como los terrestres, quedaron a disposición del cefalópodo, quien Hizo ondular de nuevo sus tentáculos, uno de los cuales alcanzó a Robson, envolviéndole la cintura y elevándole en el agua, a pesar de los desesperados esfuerzos del hombre, que se agitaba desesperadamente.

Pero no le sirvió para nada. Inexorablemente fue atraído hacia la boca del monstruo que, como si se relamiese por anticipado, se abría y se cerraba rápidamente. El tentáculo llevó aquella para él suculenta presa hasta la. misma boca, en la que desapareció al instante. Un líquido rojo se extendió inmediatamente, disolviéndose en el agua, aclarándose poco a poco hasta desaparecer,

ante el horror de los presentes, inmóviles, aturdidos, paralizados por el espanto. Y apenas había terminado el animal, cuando sus otros tentáculos comenzaron a ondular siniestramente.

John se dio cuenta de que si estaban aún vivos era porque el enorme volumen del monstruo le había impedido la total entrada en la estancia, y también advirtió, arrojado en el suelo, algo que podía ser su salvación.

Los guerreros de aquella mujer habían tirado sus fusiles lanzaarpones. John no había manejado uno en su vida, pero ella, dándose cuenta de lo que el terrestre pretendía hacer, le indicó por señas la manera de dispararlo, ya que no habla tiempo para más. Acto seguido John encaró el arma hacia el abierto pico del pulpo, que semejaba el de una fantástica ave.

El arpón partió velocísimamente, tanto que apenas hubiera podido seguirse su trayectoria, a no ser por la recta línea blanquecina que indicaba los miles de burbujas del elemento impulsor, desconocido para John. Apenas había oprimido éste el botón del disparador cuando algo le echó bruscamente hacia atrás, golpeándole, así como a los demás, el pecho con harta dureza, haciéndoles expeler el aire contenido en los pulmones.

De haber reventado la cabeza explosiva del arpón fuera, allí hubieran muerto reventados por el súbito aumento de la presión del líquido; pero, afortunadamente, antes de que la carga surtiera sus efectos, el proyectil había penetrado profundamente en las carnes del monstruo, merced a la relativa inconsistencia de éstas, y la potencia de la expansión de los gases arrojó los trozos despedazados del cefalópodo por todas partes, al mismo tiempo que una nube de negra tinta se extendía por todos los ámbitos.

Serpearon los tentáculos, pero sus movimientos eran ya reflejos, sin peligro alguno, y pronto fueron descendiendo poco a poco hasta quedar inmóviles en el suelo lo, al mismo tiempo que la negra tinta se disipaba lentamente. John sintió el contacto de un brazo junio al suyo.

Miró a su lado. Rosalie le sonreía entre medio de lágrimas, diciéndole algo que no pudo entender. Cuando se disponía a aclarar las cosas, aquella mujer se acercó a la pareja, con dura expresión en la mirada.

Apartó a Rosalie a un lado, indicando nuevamente que John era para, ella. El terrestre denegó enérgicamente una vez más, pero la mujer sonrió de una. manera, extraña, afirmando con enérgicos movimientos de cabeza. John se hartó de gesticular, indicándole que su corazón pertenecía por completo a la muchacha que tenía al lado. Por toda contestación, la otra le enseñó un anillo que tenía en uno de sus largos dedos, con una piedra de enorme tamaño y exquisito tallado.

Levantando la gema, John pudo apreciar que había debajo una cavidad, que instantáneamente empezó a despedir algo que tiñó el agua de un color verde intenso. Y, casi al momento, sintió un agudo mareo, al mismo tiempo que sus piernas se negaban a sostenerle.

Su última sensación fue la de que todos sus compañeros vacilaban y caían. Luego, una sonrisa triunfal de aquella mujer, a traves del intenso velo, fue el colofón a la pérdida del conocimiento que se apoderó de él.

Capítulo VII

John Astor abrió los ojos después de un largo sueño. A su mente acudió el instante en que perdiera el conocimiento a causa de aquella extraña coloración verdosa producida en el agua por el anillo de la mujer, y el recuerdo de Rosalie, cayendo igualmente inanimada al suelo, se le representó también. Esto le hizo incorporarse de un salto en el lecho en que se hallaba reposando.

Se levantó, sintiendo una extraña agilidad de movimientos, como no la sintiera anteriormente. La pérdida de peso que experimentaba no podía compararse ciertamente a la que notaba a bordo de la nave sideral, y se palpó, inquieto, inconscientemente, los miembros por si tenía en ellos algún desperfecto.

¡NO LLEVABA PUESTA LA ESCAFANDRA DE AIRE Y, EN CONSECUENCIA, RESPIRABA AGUA!

Se pasó la mano por el rostro, palpándoselo; y se dio cuenta de la irrefutable verdad, Se hallaba sumergido en el liquido elemento y no se había dado cuenta de ello hasta unos segundos antes, convencido de que se encontraba en una cámara estanca, con atmósfera de aire. Inspiró y expiró rápidamente unas cuantas veces, notando claramente cómo el líquido le corría por la tráquea hasta el fondo de los bronquios, y, aunque procuró producir burbujas de aire, no salió ninguna de su boca.

Durante unos minutos se quedó como atontado. Se dio cuenta vagamente de que, durante todo el tiempo que le había durado la inconsciencia, había sido sometido a una extraña operación, durante la cual sus pulmones habían sido transformados en branquias que le permitían respirar al igual que los peces y demás animales de sangre fría. Instintivamente se pasó la mano por la frente. Si aquello era cierto, y por lo que advertía debía serlo, ya que ahora sí que notaba el contacto del agua en toda su epidermis, estaba condenado irremisiblemente a vivir eternamente en aquel medio. No podría volver jamás a la Tierra. ¿Cómo iba a salir de allí? No lo había intentado todavía; pero, desde el momento en que adquirió la convicción de que sus pulmones habían sufrido una radical transformación, desechó la idea de abandonar aquel mundo submarino. Debía, pues, resignarse a aquella vida y, tratando de abandonar la habitación, echó a andar hacia la puerta circular que veía enfrente del lugar en que se encontraba.

Pero, ¿se trataba de una entrada o de un espejo?

Parecía esto último, porque John vio su imagen acercándose hacia él, vestido sumariamente con un corto pantalón de una tela que parecía de caucho, con una especie de casco que no le cubría, sin embargo, totalmente el cráneo y que más parecía un ceñidor para sujetar una especie de auriculares que le tapaban las orejas.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? John dio un paso atrás. No creía en lo que veían sus ojos. Ya el hecho de que estuviera sumergido en el agua, habituado perfectamente a respirar en ella, le parecía lo suficientemente increíble como para dudar de sus sentidos y pensar si no se

trataría de un simple sueño, producto del subconsciente influenciado por su llegada a aquel planeta sumergido en su totalidad; pero el hecho de que otra persona, de un aspecto físico exactamente igual al suyo, le saludara, con una voz que él conocía perfectamente, le parecía asombroso, inaudito.

—Veo que te encuentras asombrado, John. Es natural. En tu pellejo también me pasaría a mí lo mismo.

—¿Qui... quién... eres tú? —preguntó el terrestre sin salir de su asombro—. ¿Cómo es que te pareces tanto a mi y además hablas tan bien mi lengua?

El otro se echó a reír suavemente: Puso una mano en el hombro de su interlocutor y contestó algo que a John le pareció fabuloso:

—Hace unos cuantos meses —¿no decís así en vuestro planeta?— yo no existía siquiera. Ni era tampoco un proyecto en la mente de Ondea... —¿Ondea?

—Sí, la reina de Acquar, este mundo sumergido, cuyos habitantes viven todos perfectamente en su interior, como pudiste apreciar a tu llegada, hace un año.

—¡Un año! —exclamó John—. ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Sí, un año. Llamémoslo así. Bien, el caso es que Ondea decidió, habiéndose enamorado súbitamente de ti —¿qué les das, bandido?—, transformarte en un habitante más de este reino. Pero durante la operación, que fue larguísima, inacabable, tú, bajo los efectos de la anestesia, no hacías más que murmurar un nombre y no era precisamente el de ella...

—¡Rosalie l —exclamó John, interrumpiendo a su doble.

—La misma. Entonces, Ondea....

—¿Dónde está Rosalie? —rugió John, agarrando con ambas manos los hombros de su interlocutor; pero éste, desasiéndose suavemente, se echó a reír.

—¡Ten calma., hombre! No te excites. La muchacha está perfectamente. No le ha ocurrido nada. Como iba diciendo, al enterarse Ondea de que jamás lograría tu amor, decidió hacer una prueba, un experimento jamás realizado con personas. Se había hecho con peces, y siempre había salido perfectamente, esta es la verdad. Pero nunca se había intentado con personas, ya que el descubridor de la «duplicación», como la llaman aquí, no estaba muy seguro de la bondad de su procedimiento.

Y... aquí me tienes, un nuevo John Astor, creado por la fantasía de una mujer enamorada que dispone de ilimitados medios para satisfacer todos sus caprichos. ¿Qué te parece?

John se pasó la mano por la frente, abriendo y cerrando los ojos. Apenas podía creer en lo que estaba escuchando.

Pero interrumpió su asombro. Súbitamente hizo irrupción Rosalie, vistiendo apenas un corpiño y unos cortos pantaloncitos que no la, embarazaban el desplazamiento en aquel medio acuático, y se arrojó en los brazos de su amado, quien la besó apasionadamente al verla, abandonándose ella a la caricia.

— ¡John, mi John! —exclamó ella.

—¡Eh, que John Astor soy yo! —protestó el legítimo—. ¿Es que no te das cuenta. de ello? Rosalie dio un paso atrás. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y su boca emitió un agudo grito, en tanto que sus manos oprimían su frente. —¡No! ¡No! ¡No es posible! ¡Dos John Astor! ¡No

puede ser! ¡Me he vuelto loca! ¡La operación me ha trastornado!— y comenzó a agitarse epilépticamente, presa de un agudo ataque de nervios, que ambos hombres hubieron de calmar de la mejor manera que supieron, hasta que la muchacha logró recuperarse. Cuando se lo hubieron explicado todo, dijo —: Ahora entiendo por qué Ondea, sonriendo tan misteriosamente, me envió hasta esta habitación. Pero, ¿cuál de los dos es el auténtico y cuál el genoide?

—¿Genoide? —inquirió John.

—Sí —le contestó el otro—. Es la palabra técnica con la que designan aquí al ser duplicado de otro. Rosalie, éste es tu amado. Yo soy pura. y simplemente un genoide, creado artificialmente por un diabólico genio al servicio de la mujer que reina en Acquor.

Rosalie miró al doble de su amado, sonriéndole picarescamente, y a continuación a John, con la misma expresión.

—Serás un genoide —dijo—, pero te portas igual que un hombre que ha conocido todas las etapas de su desarrollo en vez de crecer en un laboratorio.

—¡Rosalie! —gritó John, sulfurándose y agarrándola del brazo, mas en aquel momento una persona completó el cuarteto, Ondea, que se acercó, impulsándose suavemente con leves movimientos de brazos y piernas. Se cogió del brazo del hombre artificial, recostándose en su hombro, amorosa, insinuante, mirando al terrestre.

— ¿Qué te parece, John Astor? Mis científicos han trabajado bien, ¿no? Ya me di cuenta, cuando te estaban transformando los pulmones, que en tu pensamiento no había lugar más que para una mujer, por lo que decidí que un duplicado de tu imagen sería lo más apropiado para mí. Todavía no le he puesto nombre. ¿Cuál te gustaría a ti, cariño?

El genoide se rascó la barbilla pensativamente: —Hombre, ese de John Astor no me desagrada, pero cualquiera que venga de tus labios será bien acogido por mi parte.

—Está bien —contestó Ondea—. A partir de este momento, y para distinguiros el uno del otro, tú te llamarás Gen, a secas.

—A propósito —inquirió John—. ¿Qué ha sido del resto de los hombres que venían conmigo? Ondea río suavemente.

—Con ellos no tenía tanta prisa. Ahora están sufriendo la transformación de sus pulmones para adaptarse al medio acuático en que vivimos. ¿Queréis acompañarme?

Salieron de la habitación y subieron a una de aquellas extrañas canoas cuyos parabrisas eran sumamente curvados y echados hacia atrás con objeto de disminuir la resistencia al avance de la nave.

No tardaron mucho en llegar a su destino. Los laboratorios estaban situados en la parte inferior, al lado opuesto, y apartando enormes bandadas de peces que pululaban por millares en su elemento, la canoa se detuvo ante otra puerta, ésta cerrada, cuyos soldados se apresuraron a saludar a su reina.

Uno de ellos se volvió ligeramente y pulsó un zumbador, que hizo descorrerse muy lentamente la puerta, con objeto de evitar la súbita irrupción de las aguas. Ondea les hizo bajar y penetraron en la esclusa, de cuyas paredes pendían numerosos cascos respiratorios que la reina les hizo ponerse, después de enseñarles su funcionamiento.

Cuando ya tuvieron colocados los aparatos respiratorios, Ondea, por medio de un resorte, hizo

funcionar la máquina que, bombeando el aire, expulsaba las aguas de la esclusa. Pero John no pudo evitar el hacer una pregunta, por medio del diminuto micrófono colocado en el casco, frente a su boca:

—Me gustaría saber cómo hiciste para atraernos hasta aquí, Ondea. A nuestro pesar, tuvimos que sumergirnos en tu país.

Sonrió ella al contestar:

—Supimos de vuestra, existencia apenas rebasasteis el Noveno Planeta. Más allá de éste, nuestra, fuerza de atracción es nula, pero desde Plutón —¿no lo llamáis así?—, todo aparato que navegue por el espacio, si nosotros lo deseamos, caerá indefectiblemente en Acquor. Nuestros detectores indicaron vuestra presencia y, a decir verdad, sentí infinita curiosidad por ver hombres de otros astros. Proyectar ondas que anularan la potencia de los motores de tu aparato fue ya, la cosa más sencilla del mundo. No teníais otro remedio que venir aquí. Mis técnicos os permitieron decelerar, pues, de no haberlo hecho así, os hubierais destrozado. Pero, cada vez que intentabais sustraeros a nuestra atracción, proyectábamos de nuevo las ondas, hasta que logramos encaminaras aquí. Como ves, todo ha sido muy fácil.

Sí, pensó John. Muy fácil, pero él, así como Rosalie y el resto de sus compañeros, que, si ya no lo estaban, pronto lo serian, se habían convertido en seres que sólo podrían vivir bajo la superficie de las aguas.

La retirada total de las aguas de la esclusa cortó sus pensamientos. Una vez vacío aquel compartimiento, la otra puerta se abrió y Ondea encabezó la marcha, penetrando en el laboratorio, ante cuya visión al terrestre no pudo por menos de exhalar un grito de admiración.

La habitación era amplísima, enorme. En el centro de ella, y en una sola hilera, más de veinte quirófanos formaban una impresionante teoría de mesas de operaciones; en cada una de ellas había un cuerpo desnudo.

Cada quirófano estaba cubierto por una campana transparente de forma semicilíndrica, en cuyo interior se veían varios hombres, todos ellos provistos de su correspondiente escafandra llena de agua, trabajando sobre aquellos cuerpos. Una pequeña esclusa de aire, en la cual quedaban automáticamente esterilizados los operadores y sus auxiliares, se hallaba adosada a cada cúpula, y servía, para entrar y salir de la sala de operaciones.

Uno de aquellos médicos levantó la cabeza al notar presencia humana en la gigantesca nave y, pasando a la esclusa, salió fuera y se dirigió hacía la reina, ante la que se inclinó con todo respeto.

—¿Todo bien, Squals? —preguntó ésta.— Perfectamente, Ondea. Dentro de muy pocos días podremos hacer las primeras pruebas de adaptación de las branquias que les hemos colocado a estos terrestres. Ha sido una fortuna para nosotros que los hicieras caer en Acquor. La experiencia no deja de ser interesante.

—Gracias, Squals. ¿Y las lecciones de nuestro idioma?

—Continúan durante su prolongado sueño —contestó el médico—. Así cuando se despierten no tendrán ninguna dificultad en comunicarse con nosotros y...¡BUUUM...!

El trueno se oyó muy lejos, profundo, prolongado, haciendo que todos cuantos estaban en la sala de quirófanos se miraran unos a otros como preguntándose qué era lo que podía ocurrir. Pero antes de que tuvieran tiempo siquiera de hablar, la onda explosiva chocó violentamente con las

paredes exteriores dei edificio, conmoviéndolo fragorosamente y haciendo trepidar el suelo.

Otra terrorífica explosión se oyó casi seguidamente y, apenas se habían notado sus efectos, cuando en la compuerta se abrió una larga línea, de recorrido irregular, por la que comenzó a entrar el agua, en delgados hilos, violentamente proyectados a causa de la enorme presión.

—¡Kalamr nos ataca! —exclamó Ondea, un segundo antes de que sonara la tercera explosión, que concluyó por derribar totalmente la compuerta, por la que entró un enorme torrente de agua.

CAPITULO VIII

El mar irrumpió furiosamente, envolviendo con sus espumosos abrazos a todos cuantos había en el interior de la gran sala de operaciones, llevándolos de un lado para otro, siendo golpeados, tundidos, magullados, sin que durante unos minutos, en tanto las aguas continuaban agitadas, pudieran hacer otra cosa que agitar en vano piernas y brazos, buscando el restablecimiento de un equilibrio perdido.

John se sintió arrojado contra la pared frontera y hubo de aguantar un grito de dolor al sentir el violento contacto de su cuerpo con la dureza del vidrio. Sin embargo, a pesar de lo revuelto que estaba el medio ambiente en que ahora se hallaba, a pesar de las espumas que dificultaban notablemente su visión, pudo darse cuenta de que, con su tremendo e irresistible ímpetu, las aguas habían arrastrado las cúpulas de los quirófanos individuales, puesto que habían sido construidas de una forma relativamente débil, ya que lo que se pretendía con ello era no el aislamiento del mar, sino el del ambiente que los rodeaba, forzosamente séptico, cosa nada conveniente para unos hombres que iban a sufrir una operación terriblemente complicada.

Pero aquellos condenados, aquellos tripulantes del «Prothyone», que habían sido envueltos por la marea producida por aquellas explosiones, ya no volverían jamás del largo sueño en que habían sido sumidos artificialmente para ser operados. Jamás se despertarían ya. Además de las lesiones que pudieran haber sufrido, la asfixia había hecho sus efectos y no tardarían apenas un par de minutos en transformarse en unos cuerpos ya definitivamente inmóviles. En medio de todo, pensó John, habían tenido la ventaja de que el tránsito de la vida a la muerte les había cogido inconscientes. No habían padecido ninguna clase de tortura moral.

Pero tuvo que dejarse de filosofías y atender a Rosalie, que braceaba desesperadamente a su lado. La cogió por una mano y, uniéndose al grupo que ya salía de aquel lugar, procuró nadar de la mejor manera que supo, animado por los gestos que les hacia Ondea, gestos que indicaban una gran prisa y que, de momento, no supo comprender.

Lo vio apenas salir de allí y alejarse unos cuantos metros. El reflujo de las aguas, en su natural movimiento, les ayudó no poco y de repente sintieron que eran impulsados hacia delante, con gran violencia, y John, queriendo saber la causa de aquel súbito remolino de las aguas, volvió la cabeza.

Era fácil enterarse. Resquebrajado, destrozado por las explosiones, el edilicio en que se hablan hallado los laboratorios acababa de hundirse, habiéndose librado todos cuantos se hallaban fuera de las campanas individuales de una horrible muerte que les hubiera tomado en sus brazos de retrasarse unos segundos. Con lentos movimientos, debidos a la densidad del líquido, que oponía fuerte resistencia, los transparentes muros, rotos en mil pedazos, pareciéndole a John que eran los trozos de una gigantesca luna de escaparate rota por fenomenal pedrada, fueron cayendo al suelo, y se dio cuenta, asimismo, de la enorme espesura de aquel que parecía ser el único material de

construcción de Acquor y que mediría al menos dos metros de grosor.

No obstante, no salieron bien librados. Uno de aquellos bloques; que hubiera servido perfectamente en la Tierra para constituir uno de los lados de una casa de cinco o seis pisos, cayó sobre algunos médicos rezagados, aplastándolos literalmente, convirtiéndolos en una décima de segundo en una masa sanguinolenta, que enrojeció las aguas durante unos instantes. La misma corriente que seguía siendo muy agitada disipó aquel color siniestro en pocos momentos.

John se dirigió hacia Ondea para inquirir sobre las causas de aquella repentina catástrofe que se había abatido sobre Acquor tan repentina e inesperadamente. En aquel momento la mujer que reinaba sobre aquel extraño mundo sumergido hizo un ademán. El terrestre miró en la dirección que indicaba la reina, divisando una flotilla de veloces canoas que, forzando la marcha, se acercaban a veda velocidad para socorrerles.

En un instante estuvieron a bordo de una de ellas. Saltaron todos rápidamente en su interior y percibieron claramente la orden de ella:

—¡Cierra la tapa!

No se pudo ver gracias a su transparencia, pero John notó que una cúpula los había aislado del resto del líquido y, al mismo tiempo notó una intolerable presión en todo el cuerpo, principalmente en la cavidad torácica. Vio, asimismo, que Rosalie hacía gestos de dolor, sintiendo la misma opresión que él, mas antes de que pudiera inquirir las causas de tan extraño malestar, sobre sus cabezas, algo ladeado, a gran distancia, divisó un gran globo de luz que le cegó con sus deslumbradores rayos un brevísimo instante.

Casi en el acto les llegó el hondo trueno de la explosión. La canoa fue arrastrada de un lado para otro por aquel turbión, que levantó el limo del suelo submarino, formando espesas nubes que impedían totalmente la visión, ocultando tras su opacidad las luces de la ciudad, y, tras un choque particularmente violentísimo, que hizo crujir toda la estructura de la navecilla, haciendo temer a John por su suerte, el aparato, siempre envuelto en los fantásticos remolinos provocados por la onda explosiva, se elevó velocísimamente, volteando de tal forma que parecía haber perdido el rumbo. Pero su piloto debía ser un tipo hábil en el manejo porque, para salir de aquel atasco, dio a fondo el acelerador y el bote saltó hacia adelante, huyendo de aquel denso nublado de barro semilíquido.

Sin embargo, todavía seguía John percibiendo la opresión en el tórax. Convencido de que alguien, por desconocidos motivos, estaba atacando el reino sumergido, preguntó a Ondea:

—¿Qué es lo que ocurre que nos duele tanto el pecho?

La mujer sonrió:

—He previsto que Iba a haber más de una explosión. Di orden al conductor de que pusiera en marcha el compresor del agua, elevando así la presión interna de ésta, con lo que ayudó a la cúpula a resistir la explosión que, como habrás apreciado, ha ocurrido desagradablemente cerca. De no haberlo hecho así, se hubiera hundido la protección de vidrio y todos hubiéramos perecido aplastados.

—Pero, bueno —continuó inquiriendo John—. ¿Quién y por qué nos ataca? Antes has mencionado su nombre: Kalamr. ¿Quién es ese hombre, si en realidad lo es?

Se dio cuenta, mientras la reina contestaba a su pregunta, que navegaban, no hacia el palacio

de ésta, situado en la cumbre de la ciudad y del montículo, sino hacia otro punto, situado bastante más lejos y del que emanaban numerosos haces de luz de varios colores. Los peces habían huido a la desbandada y lo único que se veía era infinidad de cadáveres de dichos animales, desventrados por la potencia de las explosiones. El efecto de otra bomba les cogió de espalda, consiguiendo únicamente hacerles ganar terreno, en tanto se acercaban al lugar iluminado, y John hubo de atender a la reina.

—Kalamr es ahora mi enemigo. Yo reino sobre Acquor, que es la ciudad más grande y mejor de nuestro planeta, y donde nuestra civilización ha llegado a un más alto grado de eficiencia y perfección. El gobierna en Ucquor, situada en el hemisferio opuesto y, sí han avanzado algo en la escala civilizada nos lo deben a nosotros. Es decir, a los físicos y sabios de todas clases que de vez en cuando nos han arrebatado por la fuerza. De no ser por esto, aun estarían cazando peces para sobrevivir por los medios más rudimentarios, en lugar de tener naves y armas casi idénticas a las nuestras. La única ventaja que puedan tener con respecto a nosotros es su constante entrenamiento guerrero y a que el pueblo de Ucquor está constituido por seres que no piensan más que en batallas.

—Pero, sin embargo, me parece un poco fuerte que se lancen a una guerra así, sin más ni más, solamente por el perverso placer de matar y destruir —objetó asombrado John.

Ondea movió lentamente la cabeza:

—No. Ahora tiene un pretexto y lo ha sabido aprovechar. Mientras que tú estabas dormido, para ser operado por mis médicos, Kalamr envió una embajada con la pretensión de que accediese a sus deseos de casarme con él y unir así nuestras dos ciudades en una sola. No porque hubieras venido tú —sonrió la mujer deliciosamente, mirando a continuación a Gen que la acarició—, sino porque, de haber obtenido alguna ventaja para mi pueblo con aquella unión, que para mí hubiera constituido un indudable sacrificio, hubiera consentido sin vacilar un segundo. Pero sabía, sé que mi matrimonio con Kalamr, lejos de traer ventajas materiales a Acquor, lo único que haría es sumirlo en una esclavitud mil veces peor que la misma muerte. Pronto harían, él y los suyos, como hacen en Ucquor: someter al resto de las gentes para que trabajen para ellos, para la casta de los privilegiados guerreros que, según ellos mismos, no tienen otra misión que defenderlos de los ataques que les puedan llegar del exterior, falsa teoría porque nadie ha pensado en declararles la guerra. Por el contrario, nuestro más ferviente deseo ha sido vivir siempre en paz.

De vez en cuando llegaban, a través da la masa líquida, ya muy poco conmovida por la distancia, los fragorosos ruido; de alguna explosión, muy atenuados. A una mirada de John, Ondea le aclaró.

—Estas detonaciones provienen de las bombas que han arrojado como medio intimidatorio. Kalamr sabe que, de lanzarse a una guerra abierta, aun teniendo, como tiene, numerosas probabilidades a su favor, no saldría muy bien librado. Pretende, pues, asustarnos y obligarnos a la rendición.

—Pero tú no harás eso, ¿verdad? —era Gen el que, Inflamado en ardor guerrero, había hablado.

—No —respondió ella orgullosamente—. Y menos ahora. Lucharé, lucharemos todos contra ese malvado y le daremos tal lección que no volverá a sentir ganas de guerrear en el resto de sus

días. Y, ahora, ya estamos llegando. Mis consejeros deben estar aguardándome.

—¿Cómo han podido hacer tal? —inquirió John—. No te he visto dar ningún mensaje. —Es cierto— sonrió Ondea —, pero tenemos prevista la reunión en este lugar en caso de ser atacados. Suponíamos que, cuando Kalamr recibiese mi negativa, no dejaría de declararnos la guerra y comenzamos a elaborar los planes para rechazar sus ataques.

Calló un momento, en tanto deceleraba el conductor la marcha de la canoa y luego concluyó —Aunque visibles, estos refugios son muy difíciles de batir. Tendrían que reventar las bombas directamente encima da ellos y muchas a la vez, antes de que se notara la menor resquebrajadura en la cubierta— el vehículo ya se había detenido y su cubierta descorrido, por lo que Ondea exclamó, sencillamente: —¡Venid!

La puerta que tenían a un par de metros se abrió apenas se acercó la reina. John miró y vio la canoa dirigiéndose hacia otro lugar, que supuso sería el aparcamiento y, tomando a Rosalie del brazo, flanqueados por Gen, penetraron en el corredor, apreciándose el enorme espesor de la puerta al deslizarse de nuevo y cerrar la abertura. Cinco o seis metros, calculó el terrestre.

Aquellas cúpulas no remataban ningún edificio. Estaban hundidas en la tierra y la forma era la más adecuada para resistir las terribles presiones a que serian sometidas en caso de bombardeo. Pero la atención de los terrestres se centró en la serie de hombres que, con rostro grave y expresión preocupada, se hallaban sentados en un semicírculo, a ambos lados de un sillón vacío, que ocupó Ondea en seguida. John, Rosalie y Gen se situaron inmediatamente detrás y escucharon las palabras que comenzó a pronunciar ella

—Todos sabéis por qué nos ataca Kalamr. No perderé el tiempo en frases innecesarias. Si vuestro deseo es, por medio de mi matrimonio con esa fiera, evitar la guerra, estoy pronta al sacrificio. Pero tened en cuenta que, a mi sacrificio individual, seguirá el colectivo de Acquor. Vosotros representáis la voluntad de mi pueblo y a ella me someteré sin la menor protesta.

Calló la mujer y miró expectantemente a derecha e izquierda. Uno de los consejeros se levantó —John y Rosalie reconocieron al mismo que acudiera a recibirlos a su forzosa llegada a aquel mundo—, y exclamó:

—Soy Nephar, hijo de Nephar, nieto de Nephar, y siempre odiamos a Kalamr y a sus ascendientes, así como a todos cuantos le apoyan en sus criminales intenciones. Por mi parte, y represento un considerable número de hombres y mujeres que me obedecen ciegamente, declaro que moriré antes que consentir que a mi reina la toquen las sucias manos de Kalamr. He dicho.

Nephar se sentó y durante unos instantes hubo un absoluto silencio que fue roto muy pronto. Todos aquellos hombres se levantaron, agitando sus manos en dirección a ella, gritando enfervorizados. Harto se veían sus intenciones.

—Esto es la guerra —cuchicheó John y Rosalie, pálida, le miró, asintiendo, pero Ondea ya se levantaba.

—Gracias, amigos. Nunca olvidaré vuestra adhesión. Nuestra respuesta a Kalamr será...

Unos agudos toques de algo parecido a fuertes timbrazos, potentes, mas sin la estridencia de éstos, interrumpieron súbitamente a la reina, quien, como todos, miró en dirección hacia, la puerta de donde habían partido los sonidos. John se sintió repentinamente interesado y miró al mismo tiempo hacia allí. Un guerrero avanzaba rápidamente, usando su reactor. Se detuvo a pocos pasos

de Ondea:

—Kalamr está afuera —dijo, levantando gran excitación—. Dice que quiere verte y hablarte, antes de comenzar una guerra que sólo podrá traerte ruinas, Ondea. Son palabras de él, no mías —quiso justificarse el hombre.

—Está bien —replicó la mujer, todavía en pie, más majestuosa todavía en su altivo porte de reina—. Dile que entre. Tendremos la suficiente paciencia para escuchar su sarta da necedades, ya de antemano sabidas.

Poco tardó en hacer su aparición el rey de Ucquor. Alto, casi un gigante, tremendamente robusto, con luenga barba verde azulada, de espesas cejas, con fanfarrona expresión, se adelantó hasta el centro, y exclamó con voz potente que hizo daño a los tímpanos de los terrestres:

—Ondea, mis pretensiones son las da siempre y no pueden considerarse más pacificas. Tienes en tus manos el remedio para evitar la destrucción de los tuyos... y la tuya también.

La reina miró a sus consejeros, diciendo: —Yo no hablaré. Mi opinión la sabes de sobra, Kalamr. Oye a mis hombres. Ellos te darán tu respuesta.

No se la dieron. Al menos traducida en vibrátiles sonidos. A medida que los ojos del rey de Ucquor iban recorriendo el semicírculo de consejeros, éstos iban moviendo lentamente la cabeza, en ademanes harto significativos, y cuando Kalamr se convenció de la inutilidad de sus propuestas, pateó el suelo con furia:

—¡No.! ¡No lo consentiré, Ondea! ¡Serás mía!

De grado o por fuerza. No tengo más que decir una palabra y... —pero se calló de pronto al ver que la reina no le escuchaba. Había inclinado la cabeza a un lado y estaba prestando atención a las frases que le dirigir John.

—¿Por qué no aprovechas la ocasión, Ondea? Ahora está solo ese tipo y, si te apoderas de él, con un solo golpe, sin más efusión de sangre, puedes terminar una guerra todavía apenas comenzada.

Ella movió la cabeza negativamente, desechando la lógica proposición del terrestre.

—No, John Astor, no. Por muy útil que nos fuera la captura de ese sanguinario Kalamr, una reina de Acquor no puede violar la palabra dada de respetarle como parlamentario de sí mismo.

—Tú no le has dado ninguna palabra —objetó John.

—Al dejarle entrar aquí, está concedida implícitamente.

—¿Quién es ese hombre que osa interrumpir la conversación entre dos reyes? —exclamó, airado, furibundo, Kalamr—. ¿Qué clase de estupideces te está diciendo, Ondea?

John no se pudo contener. Saliendo de detrás del sillón en que estaba la reina, sin querer escuchar a Rosalie que intentó, en vano, retenerlo, avanzó unos cuantos pasos hasta él, diciéndole desafiadoramente:

—Tienes suerte, de que no sea yo quien gobierne esta ciudad. De lo contrario, ya te habría mandado matar sin más dilación, Con ello ganaríamos todos mucho.

Pensó que Kalamr se le iba a echar encima; pero, en lugar de ello, se echó a reír estruendosamente, apoyando ambas manos en la cadera: —¡Imbécil! ¿Quién eres tú, que no pareces haber nacido aquí? ¿Cómo osas hablar de esa forma a Kalamr, hijo de mil reyes y padre de otros mil?— No he nacido, en efecto, en este mundo; pero no hace falta ello para darse cuenta de

la clase de tipo que eres y que mejor estarías aplastado que no provocando catástrofes como lo hiciste antes.

A medida que iba hablando John la expresión de Kalamr se iba transformando. De una bonachona superioridad fue pasando al rojo vivo de la cólera sin fin y, de repente, sin un gesto de aviso ni prevención, sin que ninguno de los asombrados espectadores pudiera preverlo, del cinturón de costosa factura extrajo, con fulmíneos movimientos, un largo cuchillo, de hoja apenas curvada, y se abalanzó sobre el terrestre.

Pero éste ya se aguardaba aquello. Precisamente todas y cada una de sus palabras habían ido encaminadas a la exasperación del que ya, en aquellos momentos, era su personal contrincante, con objeto de combatirlo y ver, si con una lucha individual, podía acabar con él y cortar así, en flor, una guerra recién iniciada. Por lo que, apenas lo vio venírsele encima, todos sus conocimientos de la lucha cuerpo a cuerpo acudieron a su mente y John se dispuso a utilizar sus músculos de acuerdo con las órdenes que dictaría su cerebro.

Lo primero que hizo fue asirse a la mano que sostenía el cuchillo, impidiendo el golpe. Escuchó confusamente el clamoreo de los presentes y aquello le infundió ánimos.

Pero Kalamr era, un ser de excepcional fortaleza y además se hallaba en un elemento en el cual había nacido, ventajas de que disfrutaba con respecto a John, a quien le estorbaba la densidad del agua para un combate cómodo, como sin duda hubiera sido de hallarse los dos en un lugar con atmósfera gaseosa. No obstante, la presa que hizo en la armada muñeca era harto sólida y, a pesar de los esfuerzos de Kalamr, volteando en el agua corno una pluma, no soltó la tenaza que oprimía a su contrincante.

Tenía la mano derecha libre y la agitó en diagonal, de filo, al cuello de su rival. No obtuvo los resultados que esperaba. Aun así y todo, el otro soltó un profundo gruñido, en tanto que con la mano sujeta daba feroces tirones que agitaban a John por todas partes, sin conseguir quitárselo de encima. Otro hombre más ducho en tal clase de combate, hubiera atraído, al terrestre con la otra mano, sencillo expediente que hubiera bastado para que el cuchillo se le clavara en el pecho. Pero a la, imaginación del rey cíe Ucquor no acudió tal idea.

Sí, en cambio, empujando hacia adelante, doblando el brazo de John, trató de avanzar con el cuchillo. Este creyó en un principio que su antagonista trataba de degollarlo, pero pronto se dio cuenta de que lo que pretendía Kalamr era, lisa y llanamente, cortarle el tubo que le suministraba el oxígeno al casco lleno de agua, que todavía no se había quitado.

Intentó resistirse, mas todo fue en vano. Un golpe, con el índice y el dedo medio, dirigido con ferocidad a los ojos de Kalamr no logró su objeto, porque el rey de Ucquor lo previó y echó violentamente hacia atrás la cabeza. Sin embargo, logró atenuar la presión en su brazo, por lo que John, moviéndose con poca pero suficiente libertad, levantó la rodilla.

Sus dos manos, ahora libres, al hacer retroceder gruñendo y bufando a Kalamr, se movieron rítmica y velozmente. Pero, cuando ya estaba seguro de la victoria, cuando ya el rey de Ucquor retrocedía, habiendo perdido el arma, ciego, sin ver apenas, el timbre que antes emitió una corta serie de trallazos sonoros que se extinguieron repentinamente.

Antes de que ninguno tuviera, tiempo de explicarse a qué se debían aquellos precipitados toques de alarma, un turbión de guerreros invadió la sala. Y sus intenciones se veían a la primera

mirada.



CAPITULO IX

Armados con fusiles lanzaarpones, el tropel de guerreros de Kalamr se lanzaron en auxilio de su rey que, perdida el arma, también estaba perdiendo la partida. Los larguísimos dardos comenzaron a surcar las aguas con tremenda violencia dejando tras sí blanquecinas estelas que señalaban su trayectoria con los millares de burbujas despedidas al ser disparados.

Vagamente se dio cuenta John de que aquellos arpones podían ser mortíferos, si le alcanzaban de lleno, mas no tanto como los de la reina Ondea, a causa de la cabeza explosiva de que éstos se hallaban provistos. Pero, de haber conocido un poco más íntimamente a Kalamr, se hubiera dado cuenta de que, además de conseguir a la reina, tenía otro motivo para lanzarse a la guerra y que no era, otro que el de conseguir aquellas nuevas armas recién ideadas por los sabios de la reina. No obstante, John no estaba enterado de otra cosa sino de que se hallaba metido en medio de un barullo espantoso y que Rosalie también estaba allí.

Esquivó por milagro el disparo que le hizo un hombre —pez. Percibió con toda claridad el macabro siseo del arpón, al pasarle entre el hombro y el cuello y se dijo, que de haber alcanzado el otro su blanco, allí concluyera su historia. Pero el arpón rebotó en uno de los sillones y cayó casi a sus pies. El terrícola no desaprovechó la ocasión, porque su antagonista, desenvainando su cuchillo, se arrojaba sobre él, forzando el régimen del motor de su reactor.

Naturalmente, quien tenia todas las de perder era el hombre —pez, quien, tardíamente se dio cuenta de la maniobra de su enemigo. Con un chillido espantoso, intentó frenar su marcha, pero ya era demasiado tarde.

La punta del arma le asomó por la espalda, que le había atravesado de parte a parte, diagonalmente. El hombre —pez dio unos saltos espantosos, convulsivos, tiñendo de rojo las verdes aguas y luego, inmovilizándose repentinamente, descendió despacio hasta quedarse muy quieto en el suele, en tanto que de su horrible herida salía la sangre que se disolvía lentamente.

Se apoderó del cuchillo, arrebatándolo de las inertes manos. Los consejeros, entre tanto, batallaban también furiosamente contra los súbditos de Ucquor y, aunque muchos de ellos habían caído atravesados de parte a parte por la primera descarga, ahora los atacantes estaban casi en Igualdad de condiciones, a no ser por los reactores que les daban mayor movilidad de movimientos. Pero los fieles a Ondea que habían salido indemnes obraron de la misma manera que John. Se apoderaron de los arpones y contraatacaron a su vez, supliendo, con la longitud de sus armas, la relativa pesadez de sus movimientos.

Un hombre —pez, elevándose en el agua, empuñando con firmeza el cuchillo, forzó el régimen de su motor y fue a caer sobre las dos mujeres, delante de las cuales, protegiéndolas con su cuerpo, sin otra defensa que sus manos, arqueando las piernas, preparando sus músculos para distenderlos en el instante preciso, se hallaba Gen, fijando sus ojos en cada maniobra de su enemigo. Sin embargo, no le fue necesario rechazar su ataque, porque antes que él, obró el

terrestre.

Impulsándose con las piernas, lanzándose fuertemente hacia adelante, John Astor cortó la trayectoria del iciántropo, al mismo tiempo que, alargando su mano armada, le clavaba su cuchillo en el pecho.

—¡Bravo, hermano? —notó John que le decía Gen, quien se abalanzaba sobre el caído para arrebatarle el cuchillo y los dos, codo con codo, espalda con espalda, se precipitaron en medio de la lucha, sin hacer caso de los gritos de ambas mujeres.

Durante unos minutos reinó allí la más espantosa confusión. Manchas claras, que eran los cuerpos de los combatientes, se confundieron con el rojo de la sangre y el verde del fondo acuático. Al cabo de unos momentos, los escasos supervivientes de la guardia de Kalamr se retiraron precipitadamente, no sin ser perseguidos por los supervivientes consejeros de Ondea que, a decir verdad, eran bien pocos.

El suelo de la estancia parecía un macabro anticipo de lo que iba a ser más tarde el campo de batalla. Treinta o cuarenta cuerpos yacían, retorcidos, en trágicas posturas.

Rosalie se arrojó en brazos de John, inquiriendo anhelosa:

—¿Te encuentras bien, amor mío? ¡Oh! ¡Qué terribles momentos de angustia!

John sonrió al tomarla del brazo.

—Sí, cariño. Me encuentro perfectamente —y se volvió hacia Gen, sin advertir que medio segundo antes, su «doble», tenía una expresión un tanto rara, al advertir las impaciencias de la muchacha por su amado, expresión que cambió instantáneamente al contestar:

—Ha sido muy divertido, John. ¿Verdad, Ondea?— —dijo, atrayendo a la mujer hacia sí, por el talle.

Pero antes de que ella tuviera tiempo de responder, John, que había echado una rápida mirada en su torno, inquirió.

—¿Y Kalamr? ¿Dónde está ese forajido? Ninguno de los pocos supervivientes, entre los cuales se contaba Nephar, supo contestarle. Y todos entrevieron la desagradable verdad.

¡KALAMR RABIA DESAPARECIDO Y CON EL LAS PROBABILIDADES DE EVITAR UNA CRUENTA Y DESPIADADA GUERRA!

—Debemos obrar inmediatamente, Ondea —dijo John con energía—. Puesto que ese bandido pide la guerra, vamos a dársela.

* * *

No había tiempo de arrojar al muerto conductor por encima de la borda. Apartándolo a un lado, John, instruido ya previamente, ocupó su puesto y enderezó el rumbo de la canoa que, perdido su piloto al ser atravesado éste por un arpón, caía hacia las profundidades marinas. John ascendió en rauda curva en persecución de la nave que a punto había estado de chocar directamente con la que ocupaba.

Por todas partes donde la vista alcanzaba, podían apreciarse los resultados de la enconada contienda entablada. Cada canoa llevaba en su frente, sobresaliendo de la proa, un potente reflector que iluminaba amplio cono de agua, ayudando así a la potente luz de la ciudad que, si

bien constituía cierta desventaja para sus defensores al concedérsela a los atacantes, también les ayudaba notablemente en su tarea de rechazar las incursiones de las fuerzas de Kalamr, realizadas con la táctica de las oleadas, en ataques de varias cuñas, buscando el modo de quebrar la obstinada barrera que los miles de botes de Ondea oponían.

No obstante, a pesar de la inferioridad de su armamento, las fuerzas invasoras eran muy superiores en número y, despreciando las explosiones de los arpones, se habían lanzado en suicidas ataques. En más de una ocasión quebrantaron la moral de los invadidos a quienes, en violentos combates sostenidos cuerpo a cuerpo, exterminando las tripulaciones, habían arrebatado muchos de sus vehículos, infinitamente mejor equipados y que habían pasado a formar parte de la flota de Kalamr.

John pilotaba ahora la canoa, desde la que, en el centro de la misma, oteando el horizonte de la batalla, Nephar era su director, en tanto que el genoide, en la popa, estaba atento para rechazar los disparos enemigos, al mismo tiempo que, conectados los tres telefónicamente, podían prevenir al conductor de algún peligró que éste no pudiera ver por si mismo.

Con la mano derecha en la hilera de botones que hacían salir los arpones de cabeza explosiva, la cual reventaba apenas cedía hacia atrás el extremo puntiagudo, bien se hundiera en la carne humana o bien chocara con el metal de los vehículos contrarios, John gobernó el suyo hasta colocarse debajo de aquél que había elegido como blanco y que, tras una rapidísima virada, caía sobre ellos.

Se dio cuenta de que los guerreros que se asomaban por la borda, encañonándolos con los fusiles, acababan de soltarles una descarga. Aquella canoa de Kalamr no era como las suyas. Si bien era tan ágil de movimientos, carecía en cambio de disparador automático de arpones y éstos eran lanzados por los propios ocupantes. Una docena de largas líneas blancas, muy juntas y peligrosamente disparadas, se encaminó hacia ellos. John, «encabritando" el aparato, presentó el vientre a los proyectiles, contra el cual rebotaron inofensivamente, sin otro resultado que la producción de unos estridentes chirridos.

Pero al mismo tiempo, la nave rival era arrastrada, por su propio impulso, hacia abajo, y antes de que tuviera tiempo de modificar su camino, John, maniobrando hábilmente, se situó encima de ella, acelerando al máximo.

Mantuvo los dedos índice y medio, uno sobre cada botón. El primero hacia de disparador. El segundo ponía en funcionamiento el mecanismo que . reponía automáticamente los arpones lanzados y los colocaba en un aparato. Este los arrojaba a una velocidad fulmínea, en intermitente pero corta sucesión, con un intervalo apenas de tres segundos entre uno y otro.

En aquel momento, John sintió un agudísimo dolor en el hombro izquierdo. Sintió que algo muy frío y muy ardiente le había atravesado la carne, y la sensación dolorosa le corrió por el cuello y la nuca hasta el cerebro, sobreexcitándole los nervios. Se llevó la mano derecha a la. parte afectada; se la miró a continuación y quedó estupefacto.

¡No tenia sangre! ¡No tenía la menor huella de ninguna herida y, sin embargo, el hombro seguía doliéndole horriblemente! volvió a mirarse, estupefacto, sin comprenderlo. Por un instante pensó si Kalamr habría descubierto algún arma nueva, desconocida por los súbditos de Ondea, pero, ante su asombro, que continuaba aumentando con el dolor que insistía en sus penosas

sensaciones, no pudo hallarse el menor rastro de herida. Sin embargo, como todo transcurrió en unos instantes, la explicación le llegó antes de que tuviera tiempo de hacer la menor pregunta.

—¡Nephar, ayúdeme a quitarme este maldito arpón del hombro! ¡Estoy viendo las estrellas!

John se volvió en el asiento rápidamente, olvidando por completo que se hallaba en el centro de una horrible pelea, y entonces halló la explicación de su dolor. Y, si ya estaba asombrado, ahora se quedó viendo visiones. No quería dar crédito a sus ojos.

¡Era Gen, el hombre artificial, su perfecto doble, quien tenía atravesado el hombro por el arpón! El rostro del genoide expresaba bien a las claras el dolor que sentía, y, viendo su cara, John se dijo que la suya debía tener idéntica expresión. Con horror presenció cómo Nephar tiraba de la larga lanza, y sintió el frío contacto de ésta al atravesarle en toda su longitud el hombro, del que salieron sendos chorros de sangre por ambos orificios, prestamente cortados por unas vendas que sacó el guerrero de un cajoncito especial y cuyas propiedades hemostáticas pudo apreciar con toda claridad.

Sintió alivio en su dolor. Y Gen lo debía sentir también, porque le hizo una alegre mueca, al mismo tiempo que agitaba la mano sana:

—¡Ya estoy mejor! ¡Solamente se trata, de un par de agujeros que me curará rápidamente cualquier matasanos!

Si. Era su perfecto doble. No solamente física, sino mentalmente. ¿Dónde, un hombre nacido en Acquor, iba a haber aprendido expresiones tan típicamente terrestres como la de «estoy viendo las estrellas», y «matasanos»? Su cuerpo tenía un duplicado exacto. Y su cerebro también. Y... John no se atrevió a —formularse la pregunta, helado de terror.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene! —le gritó Nephar, y enderezando el rumbo de la canoa, perdido momentáneamente, furioso consigo mismo, furioso con Gen, furioso con Ondea, que en su extraña locura amorosa era la que tenía la. culpa del nuevo problema que se le acababa de presentar, apenas formulado, soltó una descarga contra la. nave enemiga, que la destruyó en unos instantes, haciéndola saltar en mil pedazos, entre los que se confundieron los ensangrentados miembros de sus ocupantes.

Pero la batalla no podía ser sostenida mucho tiempo. Por mucho valor que derrochasen las huestes de Ondea, la superioridad numérica de las de Kalamr se iba imponiendo poco a poco. Los ictiántropos del ejército invasor, a cada momento que transcurría, aumentaban sus efectivos en naves, que disparaban arpones explosivos, con las subsiguientes pérdidas para los defensores de Acquor. Y al fin, a Nephar, con harto dolor de corazón por su parte, no le quedó otro remedio que dar la orden de retirada. El marcador automático que indicaba las bajas sufridas le decía que apenas si le quedaban un par de centenares de canoas. Podía lanzarlas en un último ataque, pero sería estéril y no conseguiría otra cosa que destruir, a lo sumo, el doble de las otras, a las que siempre les quedarían varios centenares más con los que intentar el bombardeo y subsiguiente asalto a la ciudad.

Una hora después, media docena de atribulados seres, entre los cuales se encontraban las dos mujeres, John y el genoide, así como Nephar y otro alto oficial, único superviviente de entre los de su graduación, permanecían mudos, silenciosos, abrumados ante la inminencia de la catástrofe que se les avecinaba.

—No podemos hacer nada —musitó Ondea—. Llamaré a Kalamr y seré su esposa. Evitaré de esta forma que prosiga la matanza.

Confirmando sus sospechas, John vio un destello de júbilo en los ojos de Gen. Dejando a un lado amargos pensamientos y sintiendo que una ida le bullía por la cabeza, exclamó:

—Parece que Kalamr está tranquilo ahora. Sin duda debe estar reorganizando sus fuerzas para el ultimo ataque. Sin embargo, yo tengo una idea que, de ser realizable, podría acabar con toda su armada y con él incluso. En toda tu vida, Ondea, volvería a molestarte, y no lo haría por la sencilla razón de que ya no podría hacerlo. Los muertos no estorban. ¡Uf! ¡Qué manera de dolerme este hombro!

Gen se echó a reír:

—No sé de qué te quejas, John Astor. Tenías que haber sido tú el que hubieras recibido el arponazo. Pero, venga esa idea. Desembucha pronto.

—Es muy sencilla. ¿Cómo hacéis para mantener esta agradable temperatura del agua, cuando debiera ser, en medidas terrestres claro está, de unos cuatro grados centígrados?

—Tenemos máquinas que la calientan —replicó Ondea, no comprendiendo adónde iba a parar John, quien sonrió feliz.

—Con eso tengo suficientemente. Ondea, llévame ahora mismo adonde está la central calorífera.

CAPITULO X

Gen había sido curado ya, por lo que, por singular paradoja, John sentía un Infinito alivio en el dolor del hombro, pudiendo, por tanto, entregarse plenamente y sin reservas a su labor. Tenía fe en la idea que se le había ocurrido, la cual, a poco bien que saliese, tenía que dar los suficientes resultados como para alejar de allí a los invasores, cuando no para aniquilarlos totalmente,

Onda le guió, por desconocidos corredores, muchos de ellos estancos al agua, siempre en descenso, atravesando infinidad de compuertas y esclusas, hasta un lugar totalmente subterráneo, sin visibilidad alguna con el exterior, y en el cual se hallaba instalada la central termógena que proporcionaba el calor suficiente para una vida cómoda en el fondo del mar.

No tuvo tiempo de quedarse asombrado ante la inmensidad de las instalaciones, que ocupaban millares de metros cuadrados, como si fueran enormes máquinas de una gigantesca fábrica, hasta perderse de vista. La reina le explicó sucintamente su funcionamiento.

—Producimos calor, que eleva la temperatura del agua hasta el punto próximo a la ebullición. El calor tiene que ser grande, puesto que la compresión del agua no permite la producción de vapor que la enfriaría. De cada máquina salen decenas de grandes tubos, en oposición a uno de gran diámetro que entra el agua fría, y por los primeros, ésta, convenientemente calentada, es repartida por numerosos puntos de la ciudad, con lo cual nuestra vida es relativamente fácil.

—Bien —repuso John—. Ahora lo que interesa es poner las máquinas en funcionamiento. Al máximo. Hasta que estén a punto de reventar.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirió la reina, ante la expectación de Rosalie y los demás.

—Nada —rió John—. Nada. Simplemente cocerlos. Ahora hay en el agua una temperatura de unos 18 grados, ¿no es así?

Ondea asintió sin pronunciar palabra. El terrestre prosiguió:

—Solamente con cincuenta grados tenemos suficiente y, si estas máquinas termógenas funcionan como yo rae imagino, aún alcanzaremos bastantes más.

—Pero el calor también se notará, en el interior de la ciudad —le objetó ella, sensatamente.— Haz que cierren todas las compuertas. Que se aíslen. Dedica unas cuantas máquinas, las que surten de calor al interior de los edificios, a refrigerar, invirtiendo su proceso de funcionamiento. Ahí tienes el problema resuelto.

Ondea lo miró con ojos en que se reflejaba una clara admiración.

—Realmente ha sido una idea luminosa, Astor. Ahora mismo comenzaremos. No puede perderse un segundo. ¡Nephar! —llamó.

El general escuchó las instrucciones que le daba su reina e inmediatamente comenzó a dar órdenes a los numerosos funcionarios que trabajaban en la central calorífera. El suave, casi apagado murmullo de las máquinas, comenzó a elevarse y, en la que tenían más cerca, pudo ver John con gran satisfacción elevarse lentamente la señal indicadora de la temperatura. Pero aún

tenía la reina que hacer una objeción, objeción que fue fácilmente desechada por el terrestre.

—Pueden estallar las máquinas, Astor.

—Ya lo sé. Pero opino, y conmigo los demás, que nuestra suerte no será mucho mejor si ese Kalamr logra derrotarnos por completo. Y, ahora, me gustaría ver los efectos desde arriba. ¿Vamos?

Cuando llegaron a los pisos superiores, mirando a través de una de las paredes transparentes, pudieron darse cuenta de que la solución ideada por John había sido acertadísima. Ya notaban en su epidermis la elevación de la temperatura del agua, a pesar de que en el interior potentes corrientes de agua helada eran lanzadas sin cesar. En el exterior debían andar ya por los cuarenta grados, calculó John. Y se lo demostraron varias cosas.

Una de ellas era la inquietud de los peces. Calmados los estruendos del combate, habían vuelto a pulular por aquella zona, pero se hablan encontrado con un líquido en el que no estaban acostumbrados a vivir y se agitaban furiosamente, revolviéndose contra sí mismos, como si quisieran culparse de algo que les ocurría y cuyo instinto animal les decía no era conveniente para su existencia. Otros, en espesas bandadas, que ocultaban parcialmente la visión, pasaban velozmente, mas de vez en cuando alguno de ellos salía como disparado, rebotando, quedándose luego inmóvil, rígido, estirado, y ascendía lentamente hacia las capas superiores.

Otra cosa que le indicó a John la eficacia de su nuevo método guerrero fue el distinto color, por diferente densidad, de las corrientes calientes antes de mezclarse con las de inferior temperatura. Aquéllas eran mucho más claras y parecían ríos en vertical en medio de una masa intensamente verde.

El calor fue en aumento. Ya no se vela fuera ningún animal. Y pronto se convencieron de la excelencia de la idea de John.

Una canoa, precediendo en punta de flecha a una cerrada formación, avanzó velozmente hacia la ciudad. De su proa salió algo que hendió las aguas, pero estalló antes de tiempo, conmoviendo fragorosamente el ambiente y despidiendo concéntricas oleadas que desorganizaron totalmente la formación, destrozando los vehículos que marchaban en cabeza. Pero los demás siguieron, una vez rehechos de la sorpresa que les había producido el inesperado estallido, achacándolo a alguna treta de los defensores e incluso aceleraron la velocidad de sus máquinas.

Aumentaron éstas de tamaño al acercarse. Navegando velozmente, parecieron llegar a pocos metros de distancia, pero de repente ocurrió algo espantoso.

Los hombres que las ocupaban, metidos súbita, mente en un líquido cuya temperatura no bajaría de sesenta grados, comenzaron a arrojarse por las bordas. Arrojarse no es la palabra exacta, puesto que lo que hacían era salir de los botes, dando el máximo impulso a sus reactores individuales, tratando de elevarse para huir de aquel espantoso calor que los abrasaba.

Se agitaban epilépticamente. Los ojos se les saltaban de las órbitas, en tanto que su piel perdía su tono verdoso azulado e iba adquiriendo una horrible coloración rojiza; pero se movían muy poco. Se inmovilizaban en seguida, y después caían muy lentamente al fondo, arrastrados por el peso de su equipo propulsor.

¡Y la armada en pleno de Kalamr, sin poder contener su enorme velocidad, antes de tener tiempo de retroceder, se precipitó sobre aquel océano hirviente, en el que las burbujas de vapor

que comenzaban a formarse, cada vez más espesas, indicaban el progresivo aumento de la temperatura!

Hombres y máquinas, aquéllos muriendo o agonizando en medio de horrorosos sufrimientos, éstas sin gobierno, se fueron precipitando en el abismo lentamente, en una destrucción total, absoluta, sin precedentes.

Aún tuvieron tiempo de ver a Kalamr, que se destacaba por lo lujoso de sus arreos, intentar una escapatoria inútil. Saltó de su aparato, retorciéndose de manera espantosa, tratando de ganar espacio con su reactor individual, pero sus movimientos duraron pocos momentos. Súbitamente, al transformarse en una estatua de rojo color, se quedó inmóvil, rígido, comenzando un descenso que no tendría fin hasta el fondo del océano, centenares de metros más abajo, donde su cuerpo se confundiría con el de miles de sus guerreros y todas las naves de su altiva flota, ahora hundida y humillada definitivamente.

—¡Hemos vencido l —musitó Ondea, alegre en extremo su corazón, pero incapaz, a causa de la emoción del momento, de expresar su satisfacción por la victoria alcanzada con gritos de júbilo, al igual que los demás espectadores de la horrible tragedia que acababa de desarrollarse ante sus ojos.

La reina se volvió hacia Gen, mirándolo con ojos de intenso amor:

—Ahora seremos felices, dueño mío. Tú reinarás conmigo en Acquor, durante una eternidad de dicha. Pero, si esperaba que el genoide la tomara en sus brazos en medio de locos transportes amorosos, Ondea se llevó la gran decepción, porque su amado bajó los ojos, confuso, y dijo a continuación:

—No, Ondea. No puedo amarte a ti.

La mujer se llevó los brazos al pecho, dando un paso atrás, abriendo mucho los ojos, como —si no creyera en lo que acababa de oír.

—¿Qué dices, Gen? No puede ser eso cierto. Yo te creé para mí. Estás obligado a amarme. Tú... Pero el hombre artificial movió la cabeza tristemente.

—No, Ondea. Te olvidaste de una cosa. Mi «duplicación» con respecto a John Astor fue perfecta físicamente. Tan perfecta que él ha sentido los mismos dolores que me martirizaron cuando me hirieron en el hombro que todavía le continúan molestando. Pero la parte mental es la misma. Yo recuerdo perfectamente todo su pasado. Yo podría manejar su aparato ahora sin tener que pedir instrucciones para nada. Lo conozco perfectamente. Sé las amistades y las enemistades que tiene. Sé de su intenso amor por Rosalie, porque mi cerebro es una réplica exacta del suyo y en las circunvoluciones cerebrales mías conservo perfectamente todos sus recuerdos. Y en lo sentimental, también. Y digo que también, porque, al crearme a mí, como un doble absolutamente idéntico, mis sentimientos amorosos habían de ser forzosamente los mismos. No puedo amarte, Ondea, porque, no lo puedo evitar, como tampoco John, ¡yo también amo a Rosalie!

La pregunta que anteriormente no se atreviera a formularse John estaba ahora contestada. También su corazón había sido duplicado. Y los dos latían por la misma mujer. Pero lo que no pudo nunca explicarse es la súbita, inesperada acción del genoide.

Este desenvainó su largo cuchillo, sin parar mientes en su hombro vendado, que le inutilizaba el brazo izquierdo y le impedía usarlo en movimientos defensivos, y gritó, perdida la razón:

—¡John Astor, uno de los dos debe morir!

Al terrestre le cogió desprevenido. Antes de que hubiera podido sacar su cuchillo, ya tenía encima a su doble, pero hubo alguien que, reaccionando rapidísimamente, impidió la consumación de la tragedia. Nephar saltó sobre Gen, luchando con él, revolviéndose ambos, furiosamente:

—¡Ayudadme a reducir a este loco! No podré hacerlo yo solo.

John saltó sobre Gen, pero su fuerza, duplicada por la desesperación que le había invadido, era tremenda. Al terrestre no le quedó otra cosa que intentar una solución heroica. Con el pomo de su puñal le golpeó detrás de la oreja.

Gen abrió desmesuradamente los ojos durante un segundo, luego los cerró y sus miembros se relajaron. No cayó al suelo, porque Nephar lo sostuvo, pero entonces ocurrió una cosa harto curiosa.

John sintió un fortísimo dolor en su cabeza, exactamente en un lugar idéntico a aquel en que había golpeado al genoide y, lanzando un suspiro, perdió el conocimiento, sin tener tiempo siquiera de oír el grito de angustia que lanzó Rosalie.

* * *

Un año después, en la compuerta de la astronave, John y Rosalie se despedían de Ondea. —Te estamos infinitamente agradecidos por habernos vuelto a nuestro primitivo estado— decía el hombre.

Ella sonrió tristemente, en tanto replicaba: —Yo soy quien estoy en eterna deuda contigo. Gracias a ti conservo mi reino... aunque no la paz de mi espíritu.

Hubo una pausa de silencio que Rosalie fue la primera en cortar:

—Bueno; creo que, no viéndome, Gen acabará por olvidarme. Será lo más sensato para él. Y tú eres sobradamente hermosa para no conseguir su amor, a poco que te lo propongas,

—Eres muy amable, Rosalie. Te deseo mil años de dicha al lado del hombre a quien amas, No sé si llegaré a gustar de esa felicidad —contestó con pesimista acento la reina de Acquor, tras la que, a respetuosa distancia, se hallaba Nephar.

Rosalie no se pudo contener, Se arrojó en brazos de Ondea., estrechándola afectuosamente, sin poder besarla, a causa del casco que llevaba la reina.

—Te recordaré siempre, Ondea. Adiós.

John, algo confuso, sin pronunciar palabra, estrechó la mano de aquella mujer, que tan intenso amor sentía por él. Luego hizo lo mismo con Nephar, v al fin maniobró la compuerta, quedándose aislados los dos del mundo submarino en que tan singulares aventuras habían corrido. Y, ya en la cámara de mandos, reparada totalmente de las averías sufridas la espacionave, John, oprimiendo afectuosamente la mano de su amada, murmuró:

—Nuestro mundo está todavía a casi un año de distancia, pero llegaremos.

—¡Llegaremos, amor mío! —susurró, embriagada de felicidad, Rosalie.

EPILOGO

—Todo eso está muy bien. Queda aclarada la muerte del capitán, Está claro que usted no tuvo la culpa del robo del «Prothyone", como asimismo su supuesta conspiración con los condenados no fue otra cosa que la aplicación del estricto trato humanitario que ellos se merecían. El tribunal está de acuerdo con usted en que se vio obligado a rebasar la órbita de Plutón, porque, de no haberlo hecho así, Jarvis y los suyos, decididos a todo, lo hubieran asesinado. Pero ¿quiere decirme, teniente Astor, cómo justifica la destrucción de una nave sideral y la matanza de todos sus ocupantes? Opino, opinamos todos los miembros del Consejo de Guerra que todas esas aventuras en Acquor, su «duplicación» misma, no son más que una colosal serie de fábulas que, naturalmente, no podemos admitir en buena lógica. ¿Cómo lo demostraría usted? Porque su palabra no es suficiente. ¿Qué pruebas presentaría de que fue el llamado Gen quien asaltó la nave?

Las preguntas del hiperalmirante Saunders elan completamente lógicas, y así lo entendieron todos. John bajó la cabeza y Rosalie, que había escuchado la relación de las aventuras de la que ella había sido uno de los protagonistas, temió por la suerte del que ya era su esposo, casados apenas desembarcaron en el planeta, ya preso él.

Pero no fue necesario que el acusado respondiera. Alguien, irrumpiendo inesperada, súbitamente, en la sala de justicia, lo hizo por él. Alguien cuya voz resonó vibrante, gloriosa, juvenil.

—¡¡Yo!! ¡Yo fui quien asaltó la nave del espacio! ¡Y, si maté a todos sus ocupantes, fue porque eran una cuadrilla de asesinos y bandidos de la peor especie!

Todo el mundo se puso en pie, al escuchar las palabras. El operador de la T. V. enfocó su objetivo hacia el recién llegado, cuya imagen fue difundida, en una milésima de segundo, en decenas de millones de aparatos receptores. Y John Astor, vuelto como los demás hacia la puerta, no pudo por menos de soltar una exclamación de asombro.

—¡¡Gen!! ¡Ondea!... ¡Y...! Pero ¡esto es imposible!

No. No era imposible. Allí estaban, avanzando por el centro del pasillo del público, contemplados ávidamente por centenares de pares de ojos, Gen y Ondea, provistos de sus escafandras de agua, armado el primero con un fusil lanzaarpones, llevando entre ambos un cautivo, que se debatía inútilmente, sujetado con facilidad por la derecha mano del genoide, que acabó por impulsarlo con fuerza hasta casi el mismo estrado del tribunal, ante el cual quedó Pete McCormack, atadas las manos a la espalda, gimiendo y sollozando monótonamente.

—¡Hola, John l —dijo alegremente Gen, saludando acto seguido—: Tú cada día más guapa, Rosalie. —¿Qui... quién... son uste... ustedes...?— tartamudeó al fin el presidente del Consejo, no creyendo en lo que sus ojos veían.

Gen dio un paso hacia delante.

—Creí que no íbamos a llegar a tiempo, ¡Uf! ¡Lo que hemos tenido que correr! —suspiró, rió

de nuevo y continuó—: Aquí tiene usted la prueba viviente de que John Astor ha dicho la verdad. Aquí tiene usted al asesino del capitán Benson, a quien mató para impedir que pudiera descubrir un día las pruebas de otra muerte que había cometido y las cuales hallarán en el «Prothyone», todavía sellado.

—¡No puede ser! —rugió el hiperalmirante Saunders—. El doctor Atkins mintió. Usted es el gemelo del teniente Astor. No puede ser una creación artificial.

—¿Que no? —exclamó Gen, que dio un paso hacia adelante, poniendo ambas manos sobre el vidrio de la mesa del Consejo—. Llamen a un experto en dactilogramas. El les comprobará la absoluta semejanza, mejor dicho, igualdad, de las huellas dactilares de mis dedos y de los del teniente Astor. Unos gemelos, aunque procedan del mismo óvulo, pueden tener huellas parecidísimas. Pero siempre habrá ligeras variaciones en las líneas. No como las nuestras, que son exactamente iguales, como si las hubieran reproducido fotográficamente. En Acquor saben hacer bien las cosas, ¿verdad, cariño? —y al decir esto, Gen atrajo por el talle, suavemente, a Ondea, que ronroneó feliz al sentirse cerca de su amado.

El hiperalmirante carraspeó. Aun no habiendo comprobado las palabras dei duplicado de Astor, sabía que era verdad cuanto decía. Miró alternativamente a derecha e izquierda, y al fin habló :

—Está bien. Aun concediéndole el crédito necesario, será imprescindible investigar la veracidad de sus afirmaciones acerca de la identidad de los hombres muertos a bordo de la nave que usted asaltó. ¿Por qué lo hizo?

—Necesitaba venir a la, Tierra. Sabía que John se iba a encontrar en un apuro apenas llegase aquí, y por eso construí un aparato capaz de surcar los espacios. Pero no fuimos nosotros quien asaltamos, sino los asaltados, lo cual es muy diferente. Ahora bien, los tipos ésos, la escoria de las espaciolíneas, se encontraron con una sorpresa, porque, lógicamente, no veníamos solos. Y los trajes de vacío que llevábamos y que nos pusimos apenas notamos íbamos a ser atacados, contribuyeron a confundir más aún la cosa, porque en el celuloide, claro está, no se sabia si la escafandra que llevábamos era de agua o de aire. Por otra parte, no estábamos muy prácticos en astronáutica, por lo que en más de una ocasión nos desviamos de nuestra ruta, que es lo que nos ha hecho llegar con tanto retraso.

La explicación de Gen pareció convencer al tribunal, cuya opinión interpretó Saunders. —Estamos de acuerdo con usted, señor Gen... o como se llame. Pero deberá quedarse en la Tierra hasta que una investigación haya aclarado cuidadosamente todas las cosas. ¿Me entiende?

—Perfectamente —río el interpelado—. Sin embargo, no nos quedaremos. Ondea y yo nos marchamos. ¿Qué diablos hacemos aquí? Vamos, reina mía.

—¡Alto! ¡Deténganse! —chilló el hiperalmirante, viendo que los dos personajes tan súbitamente aparecidos se disponían a marcharse—. ¡Deténganlos a la fuerza! ¡A ver, la guardia!

Ondea y Gen habían dado media vuelta dirigiéndose hacia la salida, pero ésta les quedó bruscamente interceptada por media docena de soldados armados con fusiles ametralladores. Gen miró desesperadamente a derecha e izquierda y, no hallando otra salida, encaró su fusil contra una de las ventanas con objeto de romper el vidrio para no causar ningún daño en sus escafandras al salir volando, impulsados por los motores individuales.

La detonación sonó estruendosa y el cristal desapareció en medio de una nube de humo. Sonaron gritos y una espantosa confusión se produjo en la sala, en medio de gritos y aullidos de terror que salían de todas las gargantas de los asombrados al par que horrorizados espectadores, algunos de los cuales habían caído heridos por los efectos de la explosión.

John cogió a Rosalie por el brazo, apartándola de todo aquel tremendo jaleo, en tanto que su doble gritaba a Ondea.

—¡Vamos l ¡Esto se está poniendo feo!

Se elevaron en el aire, impulsados por sus motores, pero apenas habían avanzado un par de metros, cuando una serie de estrepitosas detonaciones, en ininterrumpido "staccatto», sonó en la estancia. Los soldados habían abierto fuego contra los fugitivos, y éstos se desplomaron súbitamente al suelo, antes de llegar al destrozado ventanal.

Al mismo tiempo, John se retorció. Sintió agudísimos dolores en varias partes de su organismo y, por segunda vez desde que fuera «duplicado», se desvaneció. El ruido, la barahúnda que allí reinaba se disipó detrás de una espesa nube, en medio de la cual se hallaba el rostro de Rosalie, que se inclinaba ansiosa hacía él, pero también las volutas de obscuros vapores se llevaron aquella imagen.

* * *

Despertó mucho tiempo después, no supo exactamente cuánto. A su lado estaba Rosalie, su esposa., cogiéndole sus manos entre las de ella.

—¿Qué es lo que me ha ocurrido, Rosalie? —le preguntó cuando estuvo en condiciones de coordinar sus ideas, y ella se lo explicó todo.

John asintió lentamente, a medida que su mujer iba hablando, y, cuando terminó, se quedó silencioso, meditabundo, durante unos minutos, en tanto que Rosalie respetaba su silencio. Pero de repente una súbita idea cruzó por el cerebro del hombre, que se sentó de un salto en la cama.

—Dime, cariño. Si es cierto que Gen murió, ¿por qué yo estoy vivo? Tendría que haber muerto también. Las balas...

Ella movió la cabeza, sonriendo:

—No, amor mío. El no murió por los balazos. Su fallecimiento se debió a que un proyectil le destrozó la escafandra. Su muerte se produjo por asfixia al no poder asimilar sus bronquios el oxígeno del aire. Tú sentiste el dolor de los balazos en la carne de Gen, balazos que no le hubieran producido necesariamente la muerte, como ocurrió con Ondea, quien curó muy pronto. Por eso estás vivo.

—¡Ah! —exclamó solamente John, echándose de nuevo para atrás y callando, en tanto que su esposa le acariciaba suavemente los revueltos cabellos.— John —dijo ella al cabo de unos momentos.— —¿Qué cariño?

—Volveremos a Acquor cuando estés bien. —¿Que volveremos a Acquor?— gruñó él, atónito, sentándose de nuevo —. ¿Puede saberse por qué? ¿Es que no estás bien en la Tierra?

—Sí, pero Ondea... —y Rosalie se interrumpió, sin atreverse a proseguir.

—Ondea, ¿qué?— —inquirió John, empezando a abrir los ojos, porque empezaba a comprender vagamente.

—Onda... sabes... pues te quiere mucho y... —¡¡No!!— aulló John, palideciendo, al darse

cuenta de lo que pretendía su esposa —. ¡No quiero otro genoide! ¡No!— y tirando a un lado las sábanas, sin curarse siquiera de ponerse una bata encima del pijama, salió de la habitación a todo correr, como un meteoro.

Los asombrados médicos y enfermeras del Hospital General de la U. S. S. N. pudieron contemplar algo que les dejó literalmente estupefactos, Algunos de ellos habían visto correr una mujer detrás de un hombre.

Pero lo que nunca habían presenciado era que dos mujeres, una de ellas provista de escafandra de agua, persiguieran furiosamente a un paciente, a quien habían estado a punto de dar por muerto y que había resucitado tan repentinamente!

FIN

Notas

[1] —«United States Space Navy». Flota Sideral de los Estados Unidos<<

[2] —Iniciales de «Dump— Bell», tipo de estación espacial que consiste en un tubo, estanco, en el que se refugian las astronaves, teniendo en cada uno de sus extremos dos enormes esferas, una de las cuales sirve de almacenes y repuestos, y la otra de habitáculo, no sólo para los viajeros siderales, sino para el personal permanente de la estación, as¡como de emisora y receptora de las transmisiones radiadas. Otro de los<<

[3] —Los modernos astrónomos sostienen una teoría, no comprobada aún; y basandose en supuestas irregularidades de los movimientos orbitales de los planetas Urano y Neptuno, que un décimo globo forma parte de nuestro sistema solar. El autor se basa, pues, en esa hipótesis para, situar la acción de los protagonistas en ese mundo, cuya existencia, como se ha dicho, no está confirmada todavía.<<



[4] —Las leyendas de los países del N. de Europa hablan del kraken como de un pulpo o calamar gigantesco, que podía arrastrar, envolviendolos en sus tentáculos, a los barcos que pasaban a su alcance.<<